

LOS ESCLAVOS DE SILON

RED ARTHUR

LOS ESCLAVOS DE SILON
COLECCIÓN
E S P A C I O

LOS ESCLAVOS
DE SILÓN

por

RED ARTHUR

EDICIONES TORAY, S. A.

Teodoro Llorente, 13

BARCELONA

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

GRÁFICAS TRICOLOR – Eduardo Tubau, 12 Barcelona

P R Ó L O G O

Finalizado el primer lustro del siglo XXX llegaron a Plutón los exploradores interplanetarios terrestres.

Desde el primer momento demostraron los habitantes de este planeta su tremenda beligerancia y firme decisión de no tolerar la menor ingerencia procedente del exterior, aunque ésta viniera de la Tierra, el poderoso planeta que trataba de Unir todos los mundos de la Galaxia Solar.

Sólo el Supremo Hacedor sería capaz de enjuiciar si la política emprendida por los terrestres era lícita, o, por el contrario, un crimen.

Cuando la Tierra estuvo dividida en naciones, existían códigos, arbitrariamente admitidos, que reconocían la soberanía de cada pueblo. Pero el globo terráqueo habla dado desde entonces demasiadas vueltas sobre su gastado eje imaginario.

Con el dominio por el hombre de los espacios siderales, hubo de transformarse radicalmente el sistema de vida de los países. Fue necesaria la cohesión.

Más tarde, este ciclo evolutivo hubo de alcanzar necesariamente a los planetas vecinos. En su favor puede decirse, que las conquistas de la Tierra jamás fueron tales porque no hubo ni vencedores ni vencidos.

Apenas era dominado un nuevo mundo, se verificaba un intercambio de cultura y materias vitales, respetando, en cualquier caso, las costumbres esenciales de los recién ingresados componentes de la familia terrestre.

Esta fórmula, generalmente impuesta por la fuerza, daba óptimos resultados en un elevado coeficiente de casos, una vez se lograba hacer desaparecer el recelo de los sometidos.

Plutón vino a ser la excepción clásica de la regla.

Su esplendorosa cultura y terrible potencial bélico envanecía a sus habitantes y les convertía en poderosos enemigos que turbaban con su amenaza latente la brillante armonía galáctica.

Fracasados cuantos intentos pacíficos se hicieron, el Consejo Superior de la. Tierra resolvió ir al encuentro del peligro, atajando de este modo el mal que más tarde pudiera tener consecuencias irreparables.

El encuentro de ambos mundos fue pavoroso y devastador. A la guerra sorda en pleno Cosmos, siguió la horrible y cruel en la húmeda atmósfera de Plutón, cuando ya los terrestres inclinaban de su lado el fiel de la balanza.

Una contienda con las características apocalípticas de aquella había de ser breve por necesidad. Y lo fue; pero no por ello menos despiadada. A Plutón se le redujo, mas no a su espíritu. La mayor parte de los cerebros dirigentes de aquel pueblo belicoso huyeron con sus pertrechos a refugiarse en las miríadas de asteroides con alguna posibilidad de ser habitados, que existen más allá de Plutón.

Algunos quedaron en lugares relativamente próximos, haciendo verdaderos estragos en la flota mercante de la Confederación Galáctica Solar.

El Plutón ocupado jamás perdió su anhelo de rebelión

y desquite.

Y es en tal memento de falsa paz, cuando comienza este relato…

CAPÍTULO PRIMERO



LEXANDER BATES, primer jefe del Departamento Auxiliar de Supercohetes Autónomos, descendió ágilmente de su deslizador. Sus altas botas de amianto y fibra de «versón» crujieron ásperamente al

pisar la gruesa grava volcánica que cubría la alameda. A ambos lados de la misma crecía, tímido y pobre, el esponjoso liquen de Plutón. Aquella, triste planta no poseía más encantos que su mágico color verde, que constantemente variaba, de matiz con arreglo a la intensidad de luz que recibía. Pero la mirada de Alexander Bates no se recreaba en la contemplación de este curioso fenòmeno. Sus ojos grises, un tanto acarados, estaban fijos en el grandioso edificio que se alzaba al final de la moderna avenida.

La sede del Cuartel General de la Undécima División de la Flota Interplanetaria con base en Plutón no se adaptaba exactamente a los cánones de la construcción del siglo xxx; poseyendo todas las ventajas de ésta, se engalanaba con líneas que recordaban vagamente la arquitectura de finales del xx.

El coronel Bates ascendió los cuatro amplios escalones de basalto. En la grandiosa puerta de entrada un «robot» montaba la guardia. Nadie que no fuera portador de la contraseña de plástico radiactivo— excitante de la célula ultrasensible del guardián mecánico — podría trasponer aquella puerta sin poner en conmoción a toda la guardia armada del recinto.

Alexander Bates penetró en el interior sin más contratiempos. La decisión de sus pasos al avanzar por los pasillos le acreditaba como persona habituada a recorrerlos con cierta frecuencia. Entró en una habitación estanca a través de la cual llegó hasta la zona perfectamente respirable. Se despojó entonces de la mascarilla suplementaria de oxígeno y del pesado chaquetón de piel de «kloac» (1[1]).

El coronel Bates era muchísimo más joven de lo que se hubiera podido esperar. Su estatura podía compararse con la de los elevados moradores de Urano, aunque era doblemente corpulento que éstos. Sus botas de caña y ajustados calzones de moldeable vitrofibra daban esbeltez y prestancia a su silueta. La corta chaquetilla negra de idéntico tejido, con dos estrellas blancas en cada hombrera pavonada, completaba su uniforme militar.

El rostro era anguloso y su mentón cuadrado y fuerte resaltaba con fuerza denotando tenacidad. El cabello negro y los ojos grises, de duro mirar, que se dulcificaba cuando su boca, grande, reía.

Algo más tarde se detenía ante una puerta.

Pulsó un zumbador y esperó a que el diminuto semáforo que sobre ella había se iluminara. Casi al instante brilló la lucecita violeta,

invitándole a entrar.

Un hombre de cierta edad ocupaba la estancia. En sus manos sostenía la cinta de un mensaje recibido por el telèmisor. Respondió con un gesto al respetuoso saludo de Bates e igualmente con un ademán le invitó a que tomara asiento.

Sus ojos pequeños y vivos como los de un ratoncillo recorrían el contenido de la cinta. Dejó transcurrir unos segundos antes de hablar. Al hacerlo, el sonido de su voz brotó bronca, infrahumana. La causa era su laringe artificial de plastoaluminio.

—Hace algún tiempo que no nos velamos, coronel Bates.

—Así es, general Huttington. No nos hemos reunido desde su último viaje a Urano.

El comandante, en jefe de la Flota Interplanetaria, en Plutón era hombre de poca oratoria; prefería la acción. Bates, que le conocía, advirtió en el acto que estaba buscando sus mejores palabras para comunicarle algo que, por el preámbulo, debía ser importante. Al fin, con la brusquedad que era característica en él, espetó:

—Le he mandado llamar para una misión da cierta importancia. No, no es un asunto grave, es algo de índole, pudiéramos decir, civil. En fin, debe suponer que, si se tratara de un servicio vulgar, no se lo encargaría a usted. Resumiendo, Iré al grano y acabaremos mucho antes.

El joven se acomodó en su butaquín anatómico; sabía que cuando el general Huttington decidía ir al corazón del asunto por el método más rápido era que se había perdido en el laberinto de sus ideas.

Comenzó varias veces y otras tantas perdió el hilo de la conversación. Después de haber consultado repetidas veces si había sido comprendido, logró coordinar un tanto sus pensamientos y transmitirlos a su subordinado.

—Verá — decía—, hace mucho tiempo que estamos temiendo que Plutón se revuelva contra nosotros. Como usted y yo sabemos, es difícil que el peligro surja de aquí — cabe la posibilidad, no puede negarlo — pero es probable que venga del exterior, Los antiguos tiranos no deben haber olvidado las esperanzas de recuperar su perdido mundo y arrojarnos de él. Los que aquí quedaron tampoco son sinceros en su cooperación. Bastaría la invasión de los desterrados para que se alzara un volcán bajo nuestras plantas. Ahora bien, estamos rodeados de espías que vigilan nuestros menores movimientos

y avisan a sus hermanos, que caen como aves de presa sobre nuestras indefensas naves mercantes. Esa piratería ha llegado a suponer un peligro real.

»Se trata de que usted lleve hasta la Tierra a cierta persona civil a la cual concede extraordinaria importancia el Consejo Superior. Tiene este servicio una recompensa magnífica. ¿Alguna objeción?

—No es mi costumbre hacerlas, señor, pero por más que me esfuerzo no veo la importancia por ningún lado. No creo que haya ningún piloto de la Flota que no se sienta capaz de conducir una astronave hasta la Tierra, Es un viaje largo, pero nada más.

—Creo que no me-he explicado bien. El Consejo Superior quiere que esa persona «llegue» a la Tierra. Podríamos organizar una fuerte sección de supercohetes XY-200, pero sería demasiado escandaloso y llamaría poderosamente la atención de los espías, y es precisamente lo que menos deseamos.

—Una espacionave mercante no llamaría tanto la...

—Una espacionave mercante corre el riesgo de no llegar nunca.

—Eso mismo puede sucederme a mí. No habrán creído que soy indestructible, ¿verdad?

—Al menos es en quien más confiamos. Particularmente, yo estoy convencido de que lo logrará, aun en el caso de que surgieran contratiempos.

—Agradezco su entusiasmo. Espero, por el feliz resultado de la empresa, que no se equivoque. Sería yo el primero en lamentarlo.

—¡Magnifico, Bates! Lo que se requiere en grandes dosis es entusiasmo. Deseos de triunfar. Si los años no pesaran sobre mí, no dudaría un segundo en lanzarme a la aventura.

—Lo creo. Infórmeme de lo que ha de ser mi trabajo: en qué clase de vehículo habré de hacer el viaje, quién es mi pasajero.

—Vayamos por partes. En primer lugar, realizará el vuelo en un XY-200...

—¡La más poderosa espacionave de los tipos que posee la Flota Interplanetaria! Y, ¿quiere usted que se mantenga en secreto?

—Así habrá de ser. El supercohete transportará soldados enfermos e inadaptados, así como algunos plutonianos que han obtenido

autorización para trasladarse a Marte. Será el servicio periódico que se viene realizando hasta el presente: no llamará la atención de nadie. Dentro de tres días será la ocasión propicia para el despegue del XY-200, que realizará el vuelo directo hasta Urano sin hacer escala en Neptuno. Sé que es difícil y duro, pero es preferible. Allí será relevado por otro piloto de la Novena División.

»No creo necesario recomendarle que este asunto debe ser llevado dentro de la más absoluta reserva, dada la tremenda responsabilidad que encierra. Mientras llega el momento de la partida deberá hacer vida normal. Se han llevado las precauciones hasta tal extremo que puedo decir que sólo yo sé que habrá de ser usted quien tripulará esa astronave; ni siquiera lo sabe el piloto que en circunstancias normales habría de realizar el vuelo. A su tiempo recibirá una orden mía de fingirse enfermo. Como puede observar, no ha sido descuidado ningún detalle.

—¿Quién es ese viajero tan importante?

—Le conocerá cuando le reciba a bordo de la espacionave. De momento no puedo revelar su identidad. Por otra parte, el hecho de que no goza de notoriedad facilita grandemente nuestra maniobra.

—¿Cómo sabré quién es ese personaje importante?

Huttington tardó en responder. Desvió su mirada del rostro del joven y abrió un cajón de la mesa tras la que estaba sentado. Sus manos tomaron un objeto de su Interior y lo mostraron a Bates.

Se trataba de algo tan antiguo que muchas personas desconocían su significado. Era una moneda de las que muchos años antes se usaron en la Tierra.

—¿Sabe qué es esto, coronel Bates?

Éste asintió con un movimiento de cabeza,

—Eso es el «dinero». Fue usado durante mucho tiempo por nuestros antepasados antes de conocerse la Cooperación Interastral. Según aprendí, el vehículo de que se sirvió el desechado capitalismo. Toda una pieza de museo.

—Está en lo cierto, pero por un limitado lapso de tiempo volverá a ser algo útil. Obsérvele con detenimiento.

Bates hizo lo que se le ordenaba. El general continuó hablando:

—Como podrá ver, se trata de un «marco» alemán del año mil

novecientos ochenta y seis. La verdad es que yo lo sé porque me lo explicó un especialista en lenguas muertas. Ya sabe, esos individuos que se dedican a estudiar aquel sinnúmero de idiomas que se hablaron en la Tierra hace centenares de años. Es de un metal que casi puede decirse que ha desaparecido de nuestro planeta: el cobre.

»Ahora nosotros le vamos a dar un empleo diferente al que tuvo hace diez siglos. La persona que nos preocupa se la entregará a usted cuando esté a bordo. Desde ese mismo momento queda bajo su tutela; tutela que nadie debe advertir. Creo que ya está todo dicho. Si hubiera que variar en algo los planes, ya recibiría instrucciones.

—Yo también creo haber interpretado sus palabras. Debe tratarse de algo de mucha importancia.

—Siento no poder satisfacer su inquieta curiosidad. Por otro lado, sabe que goza de mi plena confianza, pero se trata de algo tan sorprendente y revolucionario, que temo que al revelarle el secreto le convierta en un espía involuntario. No es desconfianza, se lo aseguro. Es la necesidad de anular prácticamente las posibilidades que puedan hacer a nuestros enemigos sabedores de la importancia de este viaje.

Huttington se puso en píe, acto que fue imitado por el coronel Bates. El general, que gozaba de la merecida fama de alto, pareció un pigmeo frente al gigantesco joven.

Por encima de la mesa le tendió su diestra.

—Confío en su éxito, coronel. Después de todo, le va a sentar bien abandonar por algún tiempo este planeta. Dentro de poco aparecerán los hielos que ya no nos abandonarán hasta pasados diez interminables meses; usted se evitará parte de ellos. En cierto modo le envidio, porque los comprimidos «gamma» ya comienzan a surtir escaso efecto en mis pobres huesos reumáticos.

—Exagera un tanto, general. Estoy seguro de que cuando vuelva le encontraré más joven.

—Será suficiente con que regrese usted sano y salvo. ¡Buen viaje!

Tras agradecer los buenos deseos del general, Alexander Bates abandonó el Cuartel General de la Undécima División de la Flota Interplanetaria.

Marchó tranquilo, sin la menor sombra de inquietud. Estaba plenamente convencido de que aquella misión carecía de la excesiva importancia que el general Huttington le concedía. Pocas horas más

tarde había olvidado el asunto.

* * *

En la noche del segundo día después de la conversación sostenida con el comandante en jefe de la Flota, recibió Bates el oficio en el que se le comunicaba la orden de substituir al comandante de la astronave que había de realizar el vuelo regular entre Plutón y Urano.

El joven coronel recogió sus cosas y en un deslizador militar se hizo trasladar al cohetódromo militar sito a noventa kilómetros de Zstia, capital de los ocho continentes de Plutón.

Alexander se había adaptado maravillosamente a la vida militar que libremente había escogido cuando a los doce años fue examinado en una Escuela Superior Psicotècnica. Desde tan temprana edad había vivido para la Flota Interplanetaria, del mismo modo que otros muchachos lo hacían para la ingeniería Cósmica, la Astrofísica, la Química, etc.

En el nuevo régimen do la Unión Galáctica Solar sólo eran excluidos del trabajo los impedidos y aquellos que por su edad no podía rendir ningún beneficio al resto de sus componentes.

La contemplación de las poderosas astronaves guerreras producía siempre al joven una reacción emotiva.

Desde el primer momento se hizo cargo de la que se le había designado. Se reunió con la oficialidad y se presentó a ello. Personalmente recorrió las dependencias vitales del monstruoso cohete, convenciéndose por sí mismo de que todo estaba en orden.

Tras aquel minucioso examen que le exigió dos horas se dispuso a repasar la documentación de los viajeros del vehículo. Ayudado por el segundo piloto, dio comienzo al arduo trabajo. La eficaz colaboración de su ayudante contribuyó a que el trabajo resultase mucho menos pesado.

Héctor Gracia era un terrestre oriundo de la Península Ibérica. Era de una edad aproximada a la de Bates y pronto se sintieron atraídos mutuamente por una fuerte corriente de amistad y simpatía. La fama de Gracia como piloto interastral tenía muy poco que envidiar a la del coronel Bates y únicamente su despreocupación latina era la causa de que no hubiera alcanzado en su vida militar más que el grado de capitán. Era un tipo jovial, ocurrente y cortés, cuya mejor prenda era la eterna sonrisa que jamás parecía haber abandonado su rostro moreno.

La lista de pasajeros era extensísima. Su número pasaba de los doscientos cincuenta. La mayoría de ellos habían sido combatientes en las batallas de la Invasión de Plutón. Otros, más jóvenes, eran enfermos o que no habían logrado adaptarse normalmente al riguroso clima del planeta. El intenso frío de Plutón, unido a su enrarecida atmósfera pobre en oxígeno, era con frecuencia poco tolerada por ningún otro ser de la Galaxia; estos inconvenientes se soslayaban con drogas aclimatadoras y la mascarilla suplementaria de oxígeno. Así y todo, eran muchos los que no conseguían adaptarse a la perfección y los más afectados eran los gelatinosos venusianos, habituados a su clima tórrido que habían de combatir viviendo preferentemente en los casquetes helados de sus Polos.

Había jovinos a los que el exceso de presión atmosférica producía frecuentes trastornos circulatorios y fuertes marcianos a quienes la abundancia de microorganismos afectaba en sus funciones de metabolismo, aquejándoles de horribles anemias.

Cuatro agotadoras horas fueron necesarias para llevar a cabo la entretenida labor. Todos los pasajeros parecían tener magníficos precedentes y Bates no pudo hallar motivos de desconfianza hacia ninguno de ellos.

—Creo que hemos finalizado el trabajo da momento — comentó Gracia.

—Gracias a su valiosa ayuda, capitán. ¿No habrá equivocado su vocación? Sería un magnífico administrativo.

—Espero que quede igualmente satisfecho de mi labor como piloto.

— Supongo que si. Dentro de dos horas despegaremos. Puede disponer de ese tiempo, siempre que no abandone la aeronave. Le recomiendo que descanse.

—Seguiré su consejo. Debo decirle que me agradó que le designaran a usted para comandar esta espacionave.

El coronel Bates respondió con una sonrisa al saludo de su subordinado.

Seguidamente Bates se dedicó a planear el viaja sobre los mapas celestes. Esta tarea le tuvo absorto bastante rato, pues aún con la ayuda de modernas máquinas que daban la solución a les cálculos más complicados en breves segundos, se trataba de un trabajo sumamente delicado, en el cual no podían admitirse errores de ninguna clase, que

inevitablemente tendrían fatales consecuencias si se produjeran.

CAPÍTULO II

ASESINATO EN EL COSMOS



IENTRAS descendía por un elevador interior hasta la plataforma inferior, Bates consultó su cronómetro electrónico. Faltaban cuarenta minutos para el despegue y el importante viajero aún no había hecho acto de presencia. Comenzaba a irritarle la falta de puntualidad del personaje y al mismo tiempo temió que algo hubiera podido suceder.

Abandonó el ascensor y cruzó diametralmente la espaciosa plataforma circular. Por un escotillón miró hacía el exterior; ningún vehículo se acercaba a la astronave.

Algunos segundos después se encaminó a la sala de máquinas para más tarde pasar por las cabinas comunes en las que habían sido instalados los pasajeros.

Satisfecho de su ronda, volvió a la plataforma.

Llegó a ella en el preciso momento en que alguien penetraba en el interior del XY-200 por la escotilla mayor. La más viva extrañeza se reflejó en el rostro del hombre.

—¡Una mujer a bordo! —musitó—. ¿Qué buscará aquí?

Le bastaron unas zancadas para llegar hasta su altura. Ella estaba vuelta y conversaba con un uraniano de cabeza grosísima y endebles piernas; el característico color terroso de su piel era casi marrón.

Da la mujer sólo podía advertir sus cabellos rojos como el fuego. Su silueta le dio a conocer que era terrestre.

—Creo que ha debido de haber alguna confusión— dijo Bates con su voz grave—. Esto es una espacionave militar, señora. Los pasajeros civiles deben dirigirse a las naves de transporte.

—Basta echarle una ojeada para convencerse de ello — respondió la mujer antes de volverse. El tono empleado era punzante.

Giró sobre sus talones sin prisa, con verdadero aplomo, dando la sensación de quien sabe el terreno que pisa. Ni un solo parpadeo cuando recorrió con su mirada serena toda la talla, del hombre desde sus botas de caña hasta su cabello negro ligeramente revuelto.

Aquella mirada causó verdaderos estragos en la ecuanimidad de Alexander Bates. El hombre que no experimentaba la menor sensación cuando manejaba los resortes de combate, consciente de que de su capacidad dependía la vida de doscientos hombres, se sintió apabullado por la intensa luminosidad de unas pupilas verdes.

Una burlona sonrisa pareció bailar en sus labios de exquisito dibujo cuando dijo:

—Y una vez satisfecho su perentorio deseo de ponerme en antecedentes, ¿tendría la amabilidad de llevarme junto al comandante de esta espacionave militar?

La osadía de aquella mujer colmó la paciencia de Bates. Trató de fulminarla con la mirada y dijo abruptamente:

—No quiero tener en cuenta su punzante causticidad, señorita, ni iniciar un juego de palabras. Es mí deseo que comprenda que ésta es una astronave que va a partir dentro de breves momentos — al llegar aquí echó una rápida ojeada al exterior a través del gran «ojo de buey» — y para entonces debe estar fuera de ella.

—Me ha convencido. Pero es el caso que se da la curiosa coincidencia de que tengo un pasaje en esta astronave. Y ya que no quiere llevarme hasta la presencia del hombre que manda este cohete, ¿quiere decirme, al menos, dónde puedo hallarle?

—¡Yo soy el comandante! —estalló Bates.

La expresión burlona desapareció del rostro de la muchacha. Desvió sus grandes ojos y sin pronunciar una sola palabra extrajo unos papeles de la cartera de mano que sostenía.

—Éstos son mis pasajes. Uno a mi nombre y el otro al de mi ayudante.

—Pero si no puede ser… — rezongó el hombre, mirando los documentos—. Acabo de repasar toda la lista de pasajeros y no he podido hallar ni un solo nombre de mujer. ¿Tiene la bondad de acompañarme a la cabina de mando?

Ella se encogió de hombros, dio unas órdenes al uraniano y tuvo que echar a correr para alcanzar a Bates que caminaba a grandes zancadas.

En la forzada inmovilidad del ascensor sus miradas se encontraron repetidas veces. Ella parecía haber perdido toda su soltura; en cambio, el joven coronel comenzaba a recodar el perdido dominio de sí mismo. La miró fijamente, come si tratase de leer sus pensamientos. En realidad estaba admirando a su acompañante.

Desde el primer momento advirtió algo extraño, un aire imperceptible que destruía ligeramente en ella las líneas características de las facciones terrestres. Sus ojos enormemente rasgados, la aventajada estatura y los dedos de sus manos, afilados hasta lo inverosímil, recordaban en cierto modo a las hembras de la casi extinguida especie humana de Marte.

Siempre en silencio abandonaron el ascensor y penetraron en la cabina de mando. De ella pasaron a la cámara del comandante de la astronave.

Alexander Bates indicó a su acompañante con un gesto que debía lomar asiento. Él a su vez rodeó la mesa y tomó la carpeta que guardaba la relación de cuantos habían de emprender el viaje.

La mujer, lejos de obedecer a su insinuación, se había acercado hasta la puerta, regresando de nuevo a la mesa después de cerrarla.

Bates pareció no advertir la maniobra y había abierto la carpeta. Se disponía a tomar la primera lista cuando la fina mano de ella, posándose sobre el papel, se lo impidió.

El muchacho quedó inmóvil contemplando aquella mano. Lentamente, su mirada fue ascendiendo hasta detenerse en los ojos de la extraña mujer. Ellos le transmitieron el mudo mensaje y Bates bajó

de nuevo la vista.

La mano se había retirado y sobre el papel se hallaba la antiquísima moneda que viera en la oficina del general Huttington.

—¿Usted?

—¿Le sorprende?

—Jamás esperé que se tratara de una mujer. Por otra parte, al no ver ningún nombre femenino en estas relaciones...

—No es extraño, porque el general Huttington no facilitó mi nombre. Me aseguró que bastaría con que le mostrase esta contraseña.

—¿Y su ayudante?

—Él sí debe figurar: Krao Sagan es su nombre.

—¿Merece su confianza?

—Por completo. Hace mucho tiempo que trabaja conmigo y me ha dado pruebas de fidelidad. Pero de todos modos, no representa ningún peligro porque no puede disponer de mi descubrimiento; apenas conoce el asunto, a no ser en términos generales. En esta cartera de «duroplastic» llevo los más importantes diseños.

—Sería conveniente que yo guardara esos documentos. No he recibido órdenes a tal respecto, pero creo que es un gran riesgo que los lleve tan a la vista.

—Soy de su misma opinión, pero los diseños por sí solos no son suficientes para descubrir mi invento. Esos planos vienen à complementarse con las fórmulas que guardo en mi memoria; ni unas ni otros son utilizables por separado. Pero estaré más tranquila si guarda usted los diseños.

Mientras ella revolvía en la cartera. Bates conectó su dictáfono con la sala de máquinas y el segundo piloto.

—Comandante a capitán Gracia.

—Escucho, señor — fue la respuesta que le dio el megáfono.

—Tome el mando e inicie el despegue de acuerdo con las instrucciones redactadas en el pliego número uno.

—Asimilada la orden, señor. Emitiré las señales al cohetódromo.

Bates volvió su atención hacia la mujer. Tomó de sus manos tres largos sobres concienzudamente lacrados y los estuvo contemplando durante unos segundos.

—Entre los tres no abultan allá de lo que una granada atómica —comentó.

—Pero son mucho más peligrosos. Nuestros enemigos sacrificarían muchas vidas por apoderarse de esos documentos. Poseerlos equivale a vivir sobre el cráter de un volcán; le aconsejo que se olvide, incluso, de que los tiene.

Una sirena interior dejó escuchar su desgarrado gemido ululante.

—Es la primera señal de despegue — advirtió Bates—. La próxima sonará cinco segundos antes del momento cero. Le recomiendo que se siente cuando la oiga, pues en estas poderosas espacionaves la operación es muchísimo más brusca; podría, tal vez, verse derribada.

Dicho esto se puso en pie.

—Deberá perdonarme unos instantes. Quiero controlar personalmente la maniobra del despegue. Aunque no lo crea, aún no conozco a mi tripulación.

—¿Hay algún inconveniente en que le acompañe? Siempre he realizado mis viajes interplanetarios en mi departamento de pasajero y creo que me maravillará verle actuar.

—Si es su gusto...

Abandonaron la estancia para pasar a la contigua. La mujer contempló con interés el dilatado salpicadero. Se advertía desde el primer momento que no era profana.

Alexander Bates pareció olvidarla por completo, mientras se abstraía en la complicada tarea de consultar indicadores y comprobar datos en el diminuto cerebro auxiliar. Por un momento abandonó su mutismo.

—Esté prevenida, señorita...

—Syl Hansen. Profesora Syl Hansen.

—Prepárese, profesora Hansen. El despegue es inmediato,

Como respondiendo al conjuro de sus palabras, sonó nuevamente

la sirena.

—¡Atención!

Cinco segundos más tarde, como indicara Bates, estalló un sobrecogedor rugido que semejaba brotar de la base del XY-200. No había crecido en intensidad paulatinamente, sino que el prolongado trueno explotó de súbito.

Pese a las advertencias del comandante y a que se había asido a un pasamanos, Syl Hansen perdió su apoyo y se proyectó violentamente hacia el suelo. Los largos brazos de Bates impidieron que se estrellara contra él.

Quedaron estrechamente unidos durante el tiempo que duró la trepidación. El ruido impedía mantener cualquier conversación. Era tan intenso que por momentos se acentuaba la impresión de que producía dolor físico.

De improviso cesó tan rápidamente como comenzó.

—Gracias — musitó la muchacha.

Bates intentó decir: ¡Ya se lo advertí! Pero en su lugar dijo:

—Posee usted los ojos más grandes y bellos que jamás vi en mi vida.

Una breve sonrisa iluminó el semblante de la profesora.

—Es un legado de mi abuela materna, una marciana de la gran isla de Martia.

Con suavidad no exenta de firmeza deshizo el estrecho abrazo sin que de su rostro desapareciera la expresión risueña.

—Parece que la astronave vuela ya con toda normalidad— comentó acto seguido.

Bates pareció recuperarse de su momento emocional. Con presteza exagerada se volvió hacia el salpicadero.

—En efecto — respondió—. El despegue ha sido perfecto y navegamos dentro del rumbo exacto. Dentro de unos minutos habremos abandonado por completo la zona de influencia gravitatoria de Plutón e incrementaremos nuestra velocidad.

Cesó de hablar un momento para establecer una comunicación. La voz del segundo piloto respondió a través del megáfono eléctrico.

—A la orden, señor.

—Le llamo para decirle que su trabajo ha sido magnífico. Un despegue que le acredita como cosmonauta experimentado. Deje ese trabajo al contramaestre de turbinas y venga a hacerse cargo del mando.

—Cumplo sus órdenes.

Alexander Bates parecía ausente cuando cerró la clavija que establecía la comunicación. Buscó a su acompañante con la mirada y la descubrió ante el amplio ventanal circular que permitía contemplar el espacio. Avanzó hasta colocarse junto a ella, permaneciendo ambos algunos segundos en silencio.

Por el amplio mirador podía verse la formidable comba del horizonte formada por los confines de Plutón al contrastar con la difusa sombra del Cosmos. La curva se cerraba sensiblemente, dando el verdadero sentido de la espantosa velocidad que desarrollaba el supercohete.

Bates dejó de observar para decir:

—Dentro de Unos minutos habremos abandonado definitivamente la órbita de Plutón y pronto le veremos a nuestra izquierda y del tamaño no mucho mayor que el de un comprimido de alimento concentrado de seis raciones.

La profesora asintió con la cabeza.

—Es un espectáculo maravilloso que jamás deja de impresionar aun a los astronautas más veteranos — prosiguió Bates—. A mí, personalmente, me impone y aturde. Pienso hasta dónde dejará el Supremo Hacedor que llegue el hombre con su inteligencia e indomable soberbia.

—Es usted un enamorado de su profesión, ¿no es cierto?

—En efecto; pero no creo que sea ocasión esta para hablarle de mí. Estimo más perentorio ocuparme de su alojamiento. No puede convivir con el resto de los pasajeros.

—Le agradecerla que mi ayudante tenga su cabina próxima a la mía.

—Espero poder complacerla.

En aquel instante penetró Gracia en la cabina de mando. Su

impresión al ver en ella a una mujer fue similar a la de Bates. Este último hizo las presentaciones.

El comandante del XY-200 se ocupó personalmente de alojar a la profesora y su ayudante, satisfaciendo los deseos de ésta.

* * *

La travesía se verificaba dentro de la mayor normalidad. Ningún incidente vino a romper el veloz vuelo de la gigantesca astronave, si bien aún no habían entrado en la zona en la que solían atacar los piratas espaciales.

Dos semanas habían transcurrido desde que abandonaran Plutón. A partir de entonces corrían el riesgo de ser atacados. La circunstancia de tratarse de una espacionave de combate agudizaba aún más el peligro, pues cualquier nave mercante podía ser obligada a variar su ruta y posarse en el asteroide que los piratas ordenasen. Pero al menor indicio de rebelión o resistencia la astronave atacada perdía toda esperanza de llegar a su punto de destino, ya que era destruida sin piedad. Generalmente a los cohetes de guerra se les perseguía con saña, siendo poco común que se les instara a la rendición, tal era el encarnizamiento de los plutonianos.

La proximidad del peligro hizo que el coronel Bates extremara sus precauciones. Los turnos de los operadores del radar E-J202 y los telecaptores de imágenes fueron relevados con mayor frecuencia y reducida su duración. Era esencial que la presencia del enemigo fuera delatada mucho antes de que pudiera llegar hasta ellos.

Transcurrieron cuatro nuevos días sin que nada desviara el curso normal de los acontecimientos. Esto no confió a Bates. En cualquier momento y cuando menos lo esperaran podían ser agredidos.

El joven comprendía que bien pudieran los plutonianos no conceder importancia a la astronave por considerar que era mucho el riesgo, siendo nulo el beneficio del ataque. Por otra parte, los XY-200 imponían respeto en el espacio. De tratarse de un viaje normal, no hubiera estado tan receloso. Era la importancia de la responsabilidad lo que le tenía intranquilo.

La presencia del joven segundo piloto en la cabina de mando le indicó que su turno había finalizado.

—Ninguna novedad, capitán Gracia.

—En la nave tampoco hay ninguna, señor. La tripulación franca

de servicio y los pasajeros hace dos horas que están entregados al descanso.

Bates se puso en pie, cediendo el puesto que ocupara ante el salpicadero a su ayudante.

—Observe que nos afecta una desviación de ruta equivalente a doce segundos de ángulo que el regulador automático está rectificando. Esta desviación puede llevarnos probablemente a entrar de lleno en la zona que las cartas de astronavegación señalan como peligrosa por las frecuentes lluvias de meteoritos. Espero, no obstante, que el regulador haya corregido la diferencia antes de llegar a ella.

—Esa es mi opinión. La astronave fue revisada totalmente veinte días antes de nuestra partida. Recuerdo que los ingenieros electrónicos apenas encontraron el menor fallo.

—Bien. Voy a retirarme. Le deseo un turno tranquilo.

A Bates le bastó trasponer una puertecilla para hallarse en su aposento. Reguló el estabilizador de atmósfera. Antes de tenderse sorbió unos tragos de agua vitaminada, acompañándolos de dos comprimidos de alimento concentrado y otra de hormonas sintéticas.

El cansancio le ayudó a conciliar el sueño prontamente.

Se despertó de improviso, sobrecogido por una extraña impresión. Recordaba que la causa de su despertar fue un fuerte desasosiego y que había invertido algún tiempo en pasar de la semiinconsciencia a la lucidez.

Ignoraba el tiempo transcurrido desde que se durmiera. Consultó su reloj. La hora le dio a entender que hacía mucho tiempo que Gracia y el que debía reemplazarle habían finalizado su turno. Él mismo era quien debía ocupar el puesto de mando. No podía ser que nadie le hubiese avisado de que había comenzado la jornada de trabajo. Todo el mundo a bordo tenía que estar en pie.

Saltó del lecho y sus primeros movimientos fueron para dirigirse al radiador calorifico. Introdujo una mano por un hueco que había tras él y pareció tranquilizarse un tanto. Los tres sobres que contenían los diseños estaban en el mismo lugar que los dejara.

Desde hacia algún tiempo venía notando un extraño sabor en la boca sin saber qué explicación darle. Dejó para otro momento averiguar cuál era la causa y se dispuso a salir de su departamento.

Apenas lo hubo hecho descubrió algo que le hizo lanzar una

imprecación. El oficial que debía dirigir la marcha del XY-200 estaba tendido de bruces sobre el salpicadero; parecía dormido.

Precipitadamente llegó Bates hasta él. Sus ojos se dilataron por el asombro al comprobar que el hombre tenía la cabeza destrozada por el brutal golpe que le había privado de la vida. Bastaba verle para convencerse de que estaba muerto.

Alzó su cabeza y descubrió que era Konan Zeitung.

¡Y Konan Zeitung debía haber finalizado su turno diez horas antes!

Bates recordaba bien que era el oficial que relevaba al capitán Gracia. Súbitamente se abalanzó sobre el cuadro de mandos. La terrible sospecha que cruzara por su mente tomó cuerpo en el descubrimiento del joven.

¡La espacionave se había desviado de su ruta y lo realmente asombroso era que el piloto automático fijaba su nuevo rumbo.

Se revolvió para tratar de descubrir al causante. Su búsqueda fue infructuosa, nadie más que él y el cadáver había en la cabina de mando.

Una furia incontenible le acometió. Pulsó con energía el timbre de alarma, esperando que acudiera la tripulación. Mientras tanto volvió de nuevo junto al cadáver. Le extrañó que el muerto llevase puesta su mascarilla supletoria de oxigeno.

Intentó rectificar el rumbo sin conseguirlo. Su irritación creció al comprobar que nadie acudía a su llamada.

Vista la imposibilidad de normalizar el vuelo, decidió averiguar la causa que motivaba el incomprensible silencio de la tripulación.

Abandonó la cabina de mando y dirigió sus pasos por el largo corredor que comenzaba en la puerta de aquélla.

La ausencia total de muestras de vida comenzaba a resultarle demasiado extraña. Cada zancada era más larga que la anterior. Dobló un recodo y casi tuvo que detenerse en seco para no pisotear el cuerpo de un hombre tendido en el suelo. Se precipitó sobre él, buscando ansiosamente algún signo de vida.

Dio un suspiro de alivio al comprobar que el caído solo estaba desvanecido. Lo dejó en la misma postura en que le encontrara y prosiguió su avance. Ahora comenzó a encontrar más cuerpos tendidos

y con mayor frecuencia.

Ya no podía dudar por más tiempo. Una mano misteriosa había dejado escapar algún gas soporífero, que habla anulado eficazmente a los ocupantes de la espacionave. Lo importante era averiguar con qué fin.

Sin prestar mayor atención a los nuevos desvanecidos que hallaba a su paso, se dirigió directamente hacia el camarote del capitán Gracia.

La puerta estaba entreabierta y entró en ella sin solicitar permiso, consciente de que había de encontrar a su dueño en las mismas condiciones que al resto de la tripulación.

Héctor Gracia yacía cruzado sobre su lecho. Bates temió que también estuviera muerto, pero apenas llegó a su lado pudo comprobar que no era así. Su primera operación fue la de hacer descender la temperatura artificial del aposento para que la sensación de frío hiciera despertar a su segundo. Gracia no tardó en dar señales de vida. Bates advirtió que en el exterior alguien comenzaba a dar semejantes muestras.

De improviso recordó a la profesora Syl Hansen. Fue en aquel preciso momento cuando Gracia le dirigió la palabra:

—¿Qué ha sucedido? Me encuentro extraño y experimento una repugnante sensación de náuseas.

—Algo muy grave. Sígame si puede. Voy al camarote de la profesora.

Sin esperar al segundo piloto, Bates se lanzó fuera del recinto, corriendo por el pasillo hacia la cabina en la que había sido alojada la persona que se le encomendara en tutela.

El alojamiento de la muchacha estaba situado en la plataforma inmediatamente inferior a la por la que él corría en aquellos momentos.

La mayoría de los hombres que antes viera desvanecidos habían recobrado ya la lucidez. A sus múltiples preguntas respondió sin dejar de correr. Sus órdenes, de momento, eran las de despertar a cuantos aún no lo hubiesen hecho y esperar a que él les pusiera al corriente de lo sucedido en la espacionave.

Sudaba copiosamente cuando se detuvo ante la puerta del cuarto de Syl Hansen. Trató de abrir girando lo manija, pero observó

consternado que estaba cerrada por dentro. Sus puños golpearon con furia sobre la plancha metálica, sin obtener otra respuesta que el chasquido seco de sus golpes.

Varios hombres acudieron a su lado.

—¡Pronto!—ordenó—. ¡Traigan un soplete!

Incapaz de esperar pacientemente a que fuera cumplida su orden, prosiguió dando furiosos golpes.

Héctor Gracia descendió por la escalera automática.

—¿Le ha sucedido algo a la profesora Hansen? — preguntó.

—Aún no lo sé. Espero que no. Alguien nos ha narcotizado para sabotear. El rumbo ha sido variado, seguramente con fines criminales, y los mandos no responden. Konan Zeitung ha muerto... asesinado.

—¿Asesinado?

—Sin ningún género de duda. Su asesino le ha destrozado la cabeza. Encárguese de averiguar quién ha sido. Cuide igualmente de que nadie se acerque al cadáver; si el asesino ha dejado alguna pista, no quiero que la borre.

—Pondré centinelas ante la puerta de su aposento.

—El cadáver no está en su aposento, sino en la cabina de mando.

—¡Pero si no es posible! —exclamó Gracia, sorprendido. Zeitung me reveló hace casi siete horas.

—Ése es el tiempo que llevamos volando en el nuevo rumbo. Actúe con rapidez.

Los hombres que fueron en busca del soplete ya estaban de regreso. El propio coronel Bates se encargó de manejarlo.

El chorro de ácido corrosivo fue dirigido directamente sobre la cerradura. Los gases producidos por la reacción química irritaron los ojos de cuantos estaban presentes.

Bates devolvió el soplete y aplicó con fuerza el talón de su bota contra la puerta. Se hizo necesario un nuevo golpe para que la puerta cediese y girara sobre sus goznes.

Syl Hansen parecía dormir una terrible pesadilla. Bates repitió la operación que llevara a cabo en el camarote de Gracia. El descenso de

la temperatura causó efectos inmediatos en la durmiente.

Sus ojos reflejaron el asombro que le producía hallar al coronel en su aposento.

—¿Qué sucede?

Bates hizo un relato breve de lo sucedido.

—Y ahora — terminó el joven—, quiero que no se separe da mi lado ni un sole instante.

—¿Sospecha que quieran acabar conmigo?

—No sé de qué lado pueda venir el peligro ni en qué forma va a presentarse, pero lo que sí puedo decirle es que no estoy dispuesto a correr el menor riesgo. La espero fuera.

—¿Ha sucedido algo a mí ayudante?

—No le he visto. La confusión en el interior de la espacionave es grande. Pero voy a averiguarlo.

Tal como se lo prometiera, se dirigió a la cabina de Krao Sagan. La puerta no estaba cerrada por dentro y al coronel le fue fácil penetrar.

El uraniano estaba en estado inconsciente y no daba la sensación de recuperar el sentido en momento próximo. Syl Hansen apareció en el dintel antes de que el muchacho hubiera conseguido resultado efectivo alguno.

—El médico de a bordo se hará cargo de él. No es nada grave —comentó Bates—. Los efectos del narcótico han sido más violentos en él. Vamos.

Abandonaron aquella plataforma para ascender hasta la cabina de mando. Dos hombres armados hacían guardia ante la puerta. Al reconocer al comandante de la nave dejaron el paso franco.

—¿Es usted demasiado impresionable, profesora Hansen? Quiero decir si le va a afectar excesivamente la vista del cadáver.

La joven se estremeció en un corto escalofrío.

—Creo que estoy bastante preparada para resistirlo.

Pese a su afirmación, lanzó un corto grito cuando descubrió al muerto y su cabeza totalmente desbrozada.

Bates se le acercó ofreciendo su amparo.

—Tranquilícese, Syl; pronto será retirado el cuerpo para ser llevado a las calderas atómicas. Esperemos al capitán Gracia, quizá haya descubierto algo.

La muchacha se sentó en uno de los sillones funcionales que estaban adosados a los muros de la sala de mandos y, volviendo sus verdes ojos hacia el coronel Bates, murmuró con un trémolo en la voz:

—Temo que el capitán nada descubra. Este acto de salvajismo parece el preludio de una astuta y horrible maquinación.

CAPÍTULO III

SILÓN, GUARIDA DE PIRATAS



A espera en la cabina de mando fue corta. Héctor Gracia, acompañado por el resto de la oficialidad, penetró en la dilatada estancia circular.

Le bastó una sola mirada a Bates para comprender que el más rotundo fracaso había acompañado las gestiones de su segundo.

—Nada — explicó Gracia, dejándose caer con desaliento sobre un butaquín—. Ni el menor rastro, únicamente ha sido posible hallar cuatro cápsulas que contenían el narcótico.

—¿Dónde?—preguntó el coronel.

—En otros tantos lugares diferentes. El traidor ha cuidado poco de hacer desaparecer los recipientes, porque estaba bien seguro de que

no podrían descubrirlo. Hay que tener en cuenta que todos los seres vivientes han sido narcotizados por ese potente gas, cuyos efectos deben durar más de seis horas. Una cosa es bien patente: el misterioso saboteador es un entendido en cosmonáutica. Lo prueba el hecho de que ha destrozado los volantes de dirección y varias piezas vitales de los mecanismos rectores.

—¿Ningún otro descubrimiento?

—Tenemos los suficientes para descubrir al asesino, pero no nos sirven de nada — respondió Gracia —. Ahí está el arma homicida, ese extintor, y las cápsulas del gas. Si dispusiéramos de los servicios de cualquier estación dactiloscópica, podríamos saber a quién corresponden las huellas o si ha usado guantes plásticos averiguaríamos su presión sanguínea y su hemotipo. Pero quien ha llevado a cabo los hechos debía estar convencido de que no podremos averiguarlo.

—Nada podemos hacer de momento, sino afrontar la situación — dijo Bates—. En primer lugar debemos averiguar a dónde nos lleva nuestro nuevo rumbo. Quien sea se dará a conocer en el último instante. Exijo de todos ustedes una actividad desesperada. Por todos los medios a nuestro alcance hemos de procurar restablecer la autonomía de la espacionave. Por el momento no quiero pensar en las medidas que habremos de adoptar en el caso de que no lo consigamos.

Cada hombre de los allí presentes tuvo un trabajo a realizar.

Bates y Gracia continuaron discutiendo el asunto.

—No comprendo los motivos que pudo tener la misteriosa persona para asesinar a Konan Zeitung, siendo así que el narcótico por él arrojado le garantizaba la libre acción dentro del incógnito. La modificación rumbo es el resquicio por el que se escapa la menor sospecha sobre una venganza personal.

—Creo haber encontrado el motivo por el que recibió la muerte Zeitung. Ese motivo no es otro que la mascarilla supletoria de oxigeno que aún llevaba puesta. El asesino debió suponer que nadie que pudiera molestarle habría resistido los efectos del gas somnífero, pero todo hace sospechar que la mascarilla con que se protegía el muerto evitó que inhalara gas en cantidad capaz de adormecerle. Es mi opinión que por esta causa sorprendió al intruso apenas penetró aquí y por ello el desconocido asaltante le dio muerte. Pero lo que no llego a explicarme es por qué Zeitung llevaba puesta la mascarilla.

—Yo puedo responder a esa pregunta satisfactoriamente. Zeitung

usaba la mascarilla con alguna frecuencia, pues padecía una afección en el sistema respiratorio que jamás se hizo curar por temor a que le apartasen de la aviación. Casi todos estábamos en el secreto— respondió Gracia.

Ambos hombres se dirigieron hacia el grupo que trabajaba ante el salpicadero.

Guardaron silencio para no entorpecer su labor. Al cabo de algún tiempo uno de ellos se incorporó.

—Les cálculos indican que volamos en dirección a la cuadrícula 675 de la Octava Zona Interastal. Traducido a las cartas de navegación nos da el nombre de Silón, asteroide dei tipo «C» de casi nulas posibilidades de vida en su corteza. Por la exactitud de la ruta impuesta cabe colegir que es esa nuestra meta.

La explicación del oficial sumió a Bates en el silencio. Su cerebro debía estar trabajando a marchas forzadas.

—Un esteroide del tipo «C». Resulta extraño. ¿Pueden habitar los plutonianos en un lugar como ése? — preguntó como hablando consigo mismo.

—Puede no ser más que una base desde la que atacar las rutas de nuestras astronaves — apuntó Sangli Chaz, el marciano de corta estatura y descomunales orejas peludas.

—O quizá esté en período de enfriamiento y tenga posibilidades de vida bajo su corteza. Conocemos casos parecidos — opinó Tao Tseng, el especialista astrofísico.

—Quisiera no llegar a comprobar cualquiera de ambas teorías. No perdamos la esperanza de poder reparar las averías ocasionadas por el traidor. De todos modos, aún no hemos descubierto la proximidad de astronaves. Esperemos que esto no sea obra de un loco.

Bates recordó a Syl Hansen, que se mantenía alejada de la proximidad del cadáver; Dio la orden de que éste fuera llevado a las calderas atómicas.

—Lamento el mal rato que le he hecho pasar, profesora Hansen — dijo cuando estuvo a su lado.

—No ha sido agradable. Pero ante todo deseo saber cuál es nuestra situación.

Bates expuso los hechos, procurando no recargar demasiado las

tintas.

—¿Cree entonces que vamos derechos hacia la boca del lobo?

El joven intentó una sonrisa.

—Si quiere decir con ello que vamos a caer en poder de los piratas, le responderé con franqueza: no lo sé.

Hizo una pausa para dirigirse a Tao Tseng:

—¿Para cuándo prevee la llegada a Silón?

—Por el ventanal podrá verlo perfectamente. Manteniendo esta velocidad, doce horas a lo sumo.

Alexander Bates dio un respingo y se abalanzó al mirador para comprobar por sí mismo las palabras del asiático. No le había engañado.

Corrió hasta el dictáfono.

—¡El comandante llamando al oficial de máquinas!

—¡A la orden, señor!

—Reduzcan la marcha de las turbinas hasta el mínimo,

—Doy las órdenes oportunas, mi comandante.

El muchacho comenzó a pasear con la preocupación retratada en el semblante. Nadie hablaba en el interior de la cabina de mando.

El silencio fue roto por la llegada de Krao Sagan. Aún conservaba las huellas de la intoxicación. Marchó directamente hacia la profesora, con la que comenzó a hablar exaltadamente. Bates recogió algunos retazos de la conversación. Syl Hansen explicaba a su ayudante lo sucedido hasta aquel momento.

De la sala de máquinas notificaron que la velocidad habla sido reducida e igualmente que los volantes tardarían mucho tiempo en ser reparados, aunque no se descartaba la posibilidad de poder hacerlo antes de llegar a Silón. La dificultad estribaba en que el reajuste de las piezas no podía ser llevado a cabo con facilidad en pleno vuelo.

Aún no había desaparecido el eco de la comunicación dada por la sala de máquinas, cuando el operador del radar y telecaptor de imágenes dio la voz de alarma.

—¡Atención, comandante! ¡Aerolitos a estribor! ¡Atención, comandante!...

¡¡La lluvia de aerolitos!!

Un ramalazo de terror pareció azotar a cuantos ocupaban la cabina de mando.

Alexander Bates saltó sobre el comunicador interior con la furia de un demente, al tiempo que de sus labios se escapaba una imprecación.

—¿Qué dirección traen? — gritó.

—Su trayectoria es casi paralela al asteroide e incidirán tangencialmente sobre nosotros antes dé doce segundos. Me es imposible precisar con exactitud el campo que ocupan, pero, por la excitación de las células sensoriales fotoeléctricas del telecaptor de imágenes, cabe suponer que es muy dilatado, A modo de pronóstico, puedo adelantar que ocupan un frente efectivo de ataque superior al tercio de la distancia que nos separa del asteroide.

—Mantenga la comunicación abierta y comunique cualquier novedad — fue la respuesta del joven comandante. Acto seguido estableció la comunicación con la sala de máquinas.

—Orden de comandante a contramaestre de máquinas. Fuercen a las turbinas hasta sus últimas posibilidades. ¡¡Velocidad al máximo!!

Bates había hecho cuanto se podía hacer dentro de las deplorables condiciones en que se hallaban.

Se volvió hacia los otros, pero todos se habían reunido frente al mirador de estribor. Llegó en el preciso instante en que el primer aerolito cruzaba sobre ellos.

La profesora Syl Hansen se volvió horrorizada, emitiendo un terrible grito de espanto. Bates la sujetó por los hombros.

Aquel dantesco espectáculo desquició igualmente al uraniano Krao Sagan, que comenzó a proferir alaridos, comportándose como un neurótico.

— ¡Moriremos todos! — gritó —. ¡No hay salvación para nosotros!

—¡Calle, Sagan!—ordenó Bates—. Todos estamos percatados del peligro, no es necesario que grite de ese modo. ¡Acabará volviéndonos

locos a todos!

El uraniano, lejos de obedecer tal orden, prosiguió profiriendo gritos, que se acentuaron cuando uno de los aerolitos cruzó tan próximo al XY-200 que su influencia magnética fundió la totalidad de fusibles de la espacionave, sumiéndola en la obscuridad.

La situación era ahora mucho más angustiosa: la carencia de luz contribuía a incrementar el pánico. Por otra parte, el silencioso paso de la muerte a su alrededor, sabiendo que en cualquier momento podía producirse el fatídico encuentro, era suficiente para alucinar al más templado.

En aquel momento penetró alguien en la cabina portando una linterna fluorescente, que, si bien no bastó para iluminar por completo el interior, fue lo suficiente capaz para disipar las fúnebres sombras.

El recién llegado era el capitán Gracia.

—Pronto será restablecido el alumbrado — anunció —. La avería reviste la suficiente gravedad como para que se inviertan algunos minutos en ser subsanada.

—¡Si para entonces aún existimos! —vociferó Krao Sagan.

—¡Le repito que se calle! —gritó Bates fuera de sí —. Si eso ha de suceder, no podremos evitarlo con sus alaridos histéricos. Además, está empavoreciendo a la profesora.

De súbito la temperatura subió espantosamente. Un nuevo aerolito había pasado junto a ellos, más próximo que el que originara el corte de flùido. El calor siguió acentuándose, pese a que la causa quo lo motivara había cesado.

La sensación de asfixia se apoderó de todos. El terrible calor seguía aumentando.

Syl Hansen se desvaneció en los brazos del coronel Bates.

—¡Los refrigeradores!—gritó éste—. ¡Pronto, antes de que sea demasiado tarde!

El beneficio de los refrigeradores fue inapreciable en un principio.

Krao Sagan recrudeció sus alaridos y exclamaciones.

—¡Es el fin! Moriremos abrasados. ¡La envoltura de la espacionave debe de estar en incandescencia, no tardará en fundirse!

—sus ideas parecieron tomar un nuevo rumbo—. ¡Es necesario salir pronto de aquí! — Al llegar a este punto echó a correr hacia la puerta de salida—. Hay que reparar el astrocohete pata salir de este infierno. ¡Yo puedo hacerlo!

Héctor Gracia le salió al paso.

El uraniano, con el rostro completamente desencajado, pareció no advertir su presencia y le embistió como si en realidad no estuviera frente a él.

El puño derecho del segundo piloto describió una corta parábola y fue a estrellarse contra la cabezota de Krao; dos nuevos y contundentes puñetazos le sumieron en la inconsciencia.

La profesora Hansen, que había recuperado sus sentidos a tiempo de contemplar la escena, dejó escapar un gemido.

—Ha sido necesario — explicó Gracia—. Estaba a punto de sufrir un colapso.

Escasamente un minuto después de este suceso brilló de nuevo la luz. Casi inmediatamente después vibró por los megáfonos la voz excitada del operador del radar:

—Hemos dejado atrás la lluvia de aerolitos. Navegamos en plena normalidad.

—¡Loado sea Dios! —exclamó Sangli Chaz.

La normalidad se restableció. Una normalidad relativa, porque la situación no había variado en nada; únicamente se había soslayado el primer peligro.

—Existe otro que considero el definitivo explicó Bates a sus compañeros. El asesino de Konan Zeitung, en el supuesto que su intención fuera la de obligarnos a posar la espacionave en el asteroide, no debió prever que el aterrizaje en estas condiciones es imposible.

—Ha hecho las cosas con gran meticulosidad — intervino la profesora Hansen—, y ustedes han tenido que reconocer que es un entendido en astronáutica. Si no es un loco homicida, él sabrá el modo de realizar la maniobra. —Su argumentación no carece de lógica, profesora— respondió Tao Tseng—. Pero es muy problemático que ese individuo quiera delatarse facilitándonos la identidad de la incógnita. Mi opinión particular es que posee una inteligencia despierta y está plenamente confiado en que nosotros sabremos resolver el problema en el último instante. En cierto modo es halagador conocer su fe ciega

en nuestras débiles inteligencias.

—Tal vez en su propio crimen halle el castigo — murmuró Sangli Chaz.

—No desesperemos — dijo Bates—. Puede que en las palabras de Tao Tseng esté la solución. No cabe la posibilidad que remotamente ha apuntado Sangli Chaz de que el misterioso personaje sea un fanático que se sacrifique por la destrucción de un astrocohete. No, yo no puedo admitir que sea un fanático, porque, en primer lugar, los plutonianos jamás nos brindaron la ocasión de que formásemos con ellos juicio tal, en segundo porque estoy seguro de que el personaje que nos ocupa no es plutoniano.

Su aseveración impresionó notablemente a sus oyentes. Hasta el presente nadie se había preocupado de este detalle. Inconscientemente atribuían el asesinato y sabotaje a sus enemigos directos, los plutonianos. La posibilidad que fuera alguien con los mismos propósitos que los plutonianos, pero que no «fuera» natural de aquel planeta, daba mayor complejidad al problema y pábulo a todas las sospechas.

—Cuando digo que no ha sido un plutoniano es porque, siempre dentro del campo de la lógica, ninguno de ellos ha tenido posibilidad material de salir de los aposentos comunes en que se albergan. Y en la tripulación no figura ningún habitante de Plutón, como no figuran en ningún Ejército de la Confederación Galáctica.

—Eso quiere decir que, incluso, cualquiera de nosotros podemos ser el asesino — exclamó Gracia.

—No he querido decir otra cosa.

Los circunstantes se miraron entre sí con recelo. Hubiera resultado altamente interesante poder averiguar los pensamientos que se condensaban detrás de cada par de ojos.

—Repito que ése ha sido el verdadero sentido que he querido dar a mis palabras — volvió a decir Bates—. Pero no el efecto que han causado. Una desconfianza excesiva entre nosotros nos perjudicarla notablemente. Es necesario que todo siga como antes. Tarde o temprano el criminal habrá de descubrirse.

Antes de que hubiera ocasión para el comentario, sonó de nuevo el alerta del operador de los dispositivos de localización.

—¡Aviso urgente a comandante! ¡Urgente!

—Hable, escuchamos — respondió el coronel Bates.

—Una compacta formación de aerocohetes plutonianos, con el asteroide como punto de origen, viene a nuestro encuentro.

—Enterados.

—¿Cuáles son sus órdenes?—se apresuró a decir el capitán Gracia.

—Todos los recursos en disposición de combate y esperar a que yo dé la orden de fuego.

El segundo piloto desapareció corriendo.

—Sangli Chaz, y usted, Tseng, procuren hallar el modo de que nuestro contacto con Silón no tenga fatales consecuencias.

Krao Sagan había recuperado sa lucidez y se mantenía alejado en actitud silenciosa. A requerimientos de Syl Hansen se agregaron a Tseng y Chaz para colaborar en la resolución del problema.

De las astronaves enemigas llegó el ultimátum. La orden era perentoria y se les conminaba a que se posaran en Silón sin resistencia, bajo la amenaza de ser destruidos sin necesidad de otro aviso.

La voz del capitán Gracia llegó hasta ellos:

—¿Qué hacemos, señor?

Bates quedó indeciso. Krao Sagan, que había permanecido escuchando, se incorporó a medias.

—Supongo que no habrá pensado siquiera en presentarles batalla. Estamos a merced de sus armas.

El comandante de la espacionave le envolvió en una mirada de desprecio.

—Por el momento no tenemos más remedio que obedecerles, Gracia — respondió a su segundo—. No estimo conveniente adelantar los acontecimientos. Mientras hay vida hay esperanza. Adelante.

Bates se acercó al grupo que estudiaba la cuestión del aterrizaje.

Syl Hansen se le dirigió:

—Tal vez si dispusiéramos de más tiempo podríamos hallar la

solución adecuada, pero la premura del tiempo nos ha hecho comprender que el único modo factible de posarnos habrá de ser en vertical.

—Para eso no hacia falta tanto estudio — gruñó Bates de mal talante—. No vamos a tardar mucho en hacerlo, ya lo verá. Lo haremos de proa y de tal modo que esos malditos piratas necesitarán más de un centenar de excavadoras succionantes si quieren recuperar nuestros restos.

—No, pues no acertó. Habrá de ser de popa.

—Permítame que tome asiento mientras me entera de tan original teoría. Porque no llega hasta mi arruinado cerebro la idea mediante la cual han de anular ustedes la fuerza de la inercia, estando estropeados, como lo están los mandos de dirección. ¿Saldrán ustedes cuatro al exterior a echar una manecita?

—¡Por favor, coronel, déjese de sarcasmos! Como usted bien dice, lo esencial es que el XY-200 no incida de proa sobre la corteza de Silón. La dificultad estriba en invertir el sentido de la espacionave y vamos a intentarlo de un modo vulgar y corrientísimo. Reconocemos que no estamos seguros de que salga bien, pero no queda alternativa.

—Abrevie, por favor.

—Le complaceré. Nuestra solución al problema es parar por completo las turbinas apenas la espacionave esté a la suficiente altura de Silón para que sea atraída por éste. Casi todo el peso de la estructura está en la popa. Nosotros esperamos que por sí sola se venza la astronave y caigo de tal modo.

—¿Han tenido en cuenta la mínima gravedad del asteroide? —adujo, todavía, Bates—. Teniendo eso en cuenta, piensen que la inercia puede ser un poderoso enemigo que lleve al traste sus proyectos.

—Todo lo hemos tenido presente, coronel — intervino Sangli Chaz, cuyas peludas orejas se movían perceptiblemente—. Hemos calculado matemáticamente todas las posibilidades. Tao Tseng ha resuelto el problema de la escasez de gravedad del asteroide al sugerir el empleo de los cuatro motores auxiliares de despegue para destruir, en parte, la inercia. Me refiero a los servomotores que ayudan al despegue en los planetas en que la gravedad es excesiva.

—Pero creo que eso será…

—Supongo que he adivinado cuál es ahora su argumentación. Los servomotores actuaran en sentido inverso, a modo de freno. Nuestros cálculos son exactos y seguros... hasta donde permite la teoría.

Bates paseó su mirada por el rostro de los circunstantes.

—Está bien. ¡Manos a la obra!

Inmediatamente fueron cursadas varias órdenes a las salas de turbinas y máquinas que dieron como resultado que varios tripulantes se colocaran junto a los cuadros de palancas y botones que gobernaban los complejos mecanismos, dispuestos a llevar a cabo las órdenes que recibieran por los altavoces interiores.

Serían órdenes que habrían de llevarse a cabo con meteòrica rapidez y que significarían mucho: la salvación de la nave y sus tripulantes o la destrucción total.

CAPÍTULO IV

LA IDENTIDAD DEL TRAIDOR



LEXANDER Bates había procurado, hasta donde fue posible, que la gravedad de la situación no trascendiera, pero la noticia corrió prontamente entre la tripulación.

La oficialidad estaba presente en la cabina de mando.

Todo estaba preparado para el momento «cero». La inminencia del momento hacía guardar a todos un religioso silencio, centrándose la atención sobre las únicas tres personas que desarrollaban actividad: Syl Hansen, Tao Tseng y Sangli Chaz.

Hacía algún tiempo que las turbinas atómicas habían sido detenidas en su trabajo impulsor.

Tao Tseng era quien debía accionar los servomotores que habían de detener, cuando menos aminorar, la velocidad del XY-200. Con ello se daría ocasión a que la fuerza de la gravedad del asteroide actuara sobre la masa de la espacionave, con lo que se habría conseguido que

la parte en la que se acumulaba el mayor peso — la popa — apuntara hacia abajo. Si esto llegaba a suceder, el aterrizaje se realizaría felizmente con el empleo de los reactores-freno, que generalmente se empleaban para posar a la astronave en lugares en que la escasez de terreno propicio obligaba al descenso en vertical.

Tao Tseng dio la consigna — transmitida inmediatamente a cuantos viajaban en el vehículo — de que debían afianzarse firmemente, pues la sacudida que produjera la entrada en juego de los servomotores sería brutal.

Un espejo televisor reflejaba la marcha del «XY-200» con respecto al asteroide. La totalidad de las miradas estaban fijas en él.

De pronto, Taso Tseng, gritó:

—¡Ahora!

Una tremenda sacudida conmovió la espacionave. Al mismo tiempo, pudo verse por el espejo el funcionamiento de los motores auxiliares. El astrocohete pareció encabritarse y salió de la vertical, pero su inclinación apenas varió en un ángulo no superior a los sesenta grados.

¡Irremediablemente incidiría sobre Silón sin que nada se hubiera logrado!

Bates fue el primero en desembarazarse del estupor. De un prodigioso salto llegó hasta el salpicadero. Con gesto decidido pulsó el resorte que accionaba los servomotores y que había sido abandonado por Tao Tseng en el momento de la sacudida. Lo hizo en sentido normal para, inmediatamente, volver a hacerlo al contrario. Buscaba con desesperación que el principio de la acción y reacción actuara sobre el «XY-200» de modo que se inclinara hasta que la popa apuntara al suelo.

El rugido de alegría que se escapó de las gargantas de los allí reunidos le dio a entender que al fin lo había conseguido. Por el espejo pudo ver que el astrocohete caía, ahora, del modo deseado. Al mismo tiempo se escuchó el desgarrado grito de Syl Hansen:

— ¡Los frenos de reacción! ¡Nos estrellamos!

Fue Sangli Chaz, que también había advertido el inminente peligro, quien antes llegó hasta los mandos. Al conjuro de su acción respondió un trueno sordo amortiguado por las paredes de la espacionave.

Los turbo-frenos, con su potente estampido, habían entrado en liza contra la fuerza de gravedad de Silón. Sólo unos segundos bastarían para saber si con efectividad.

Sangli Chaz comprendió perfectamente la gravedad del momento y dió a las turbinas su máxima potencia, que se transformó en intenso calor en el interior del «XY-200».

Cada cual, aferrado fuertemente a cualquier sitio que garantizase el suficiente apoyo, contemplaba por el espejo televisor el descenso vertiginoso, esperando el instante supremo. Éste sobrevino sin que nadie estuviera preparado y su dureza fue tal que todos rodaron por el suelo, no tardando en ir a estrellarse contra la pared de babor cuando la espacionave, después de su violento encuentro con la corteza de Silón, se derrumbó sobre aquel lado. Después de algunos crujidos se restableció el silencio. Hasta los turbo-frenos, cuyo funcionamiento nadie había hecho cesar, se dejaron de oír.

Los gritos y las voces se elevaron en el interior del cohete. Bates pidió silencio.

—Es necesario — dijo—, que tocos recobremos la calma. Nada sé va a conseguir con que, todos nos pongamos a gritar. Lo principal es hacernos cargo de cuál es nuestra situación presente y sacar el mayor partido del tiempo que podamos disponer antes de que las naves plutonianas lleguen hasta nosotros.

Antes de que nadie pudiera responder a sus palabras, había llegado hasta el gigantesco ojo de buey. Su mirada recorrió por unos momentos el paisaje, no tardando en volverse hacia sus amigos.

—Estamos posados en terreno llano, pero el terreno escarpado comienza escasamente a cien metros de aquí — explicó—. Es necesario llegar hasta él e intentar zafarnos de los plutonianos.

—¿Qué sucederá luego? —se permitió preguntar Krao Sagan, el ayudante de la profesora Hansen.

Bates le dirigió una mirada de sorpresa.

—Luego tendremos, cuando menos, tiempo para pensar — respondió.

—Lo más acertado es afrontar los hechos—insistió Sagan.

—Su opinión no nos interesa, Sagan. Si lo desea, puede quedarse para dar la bienvenida a los plutonianos.

El uraniano guardó silencio. Por otra parte, Bates no volvió a mirarle siquiera. Dirigiéndose a sus oficiales, dijo:

—Ocúpense de aleccionar a los soldados que transportamos. Que todo el mundo se equipe con la mascarilla supletoria de oxigeno, armas y alimentos concentrados en gran cantidad. No es necesario que les advierta que todo esto se ha de realizar en un tiempo record.

Con extraordinaria rapidez desaparecieron los oficiales para cumplimentar las órdenes recibidas.

Syl Hansen se llegó hasta Bates.

—¿Cree que conseguiremos algo, coronel?—Confiemos en que así habrá de ser. Siempre estaremos a tiempo de entregarnos a los plutonianos. Le recomiendo lo mismo que a mis oficiales. Recoja cuanto le sea imprescindible. Yo me reuniré Con usted dentro de unos segundos.

No dijo más. Dio media vuelta y se dirigió a su recámara, desapareciendo en su interior. La muchacha abandonó la cabina de mando. En la puerta tropezó con el capitán Gracia. Éste se dirigió hacia el aposento de Bates.

Sin pedir permito, empujó la puerta.

— ¡Demasiado tarde, señor! —exclamó—. Las naves plutonianas están posándose a nuestro alrededor. Una comunicación recibida desde ellas nos conmina a que abandonemos la espacionave sin llevar armas. Bastará que desobedezcamos esta orden para que disparen sobre nosotros.

Sin que mediaran más palabras entre los dos hombres, abandonaron la cabina de mando.

En la plataforma interior, recogieron a la profesora Hansen, su ayudante, Chaz, Tseng y varios miembros de la tripulación. La mujer llevaba consigo la cartera portapapeles.

La noticia de que la proximidad de los plutonianos hacía imposible la huida hizo decaer el ánimo de la mayoría, al imaginar la suerte que podría caberles al caer en poder de los enconados enemigos.

La consigna de que las armas debían ser abandonadas se repitió con insistencia, para que todos pudieran comprender el peligro que representaba desobedecer.

El coronel Alexander Bates y sus amigos, provistos de las mascarillas supletorias, fueron los primeros en descender sobre Silón. Les animó a ello el hecho de ver que los plutonianos descendían de sus astronaves sin protegerse con vestidos especiales. No tuvieron ocasión de comprobar si la atmósfera del asteroide era respiratole, pero suponían que no lo sería sin la protección de las máscaras.

Los plutonianos estaban muy distantes y avanzaban lentamente hacia ellos con todo lujo de precauciones. Los pasajeros del XY-200 continuaban descendiendo de él. A Bates no se le ocurrió siquiera darles prisa. Volvió la vista hacia quienes le rodeaban. Los más inmediatos a él eran Gracia y Syl Hansen.

Se le ocurrió la idea de escapar y así lo comunicó en voz baja:

—Voy a intentar escapar. Pueden venir conmigo los que se sientan capaces.

Gracia asintió con la cabeza y Syl no dijo nada, pero sus ojos se agrandaron enormemente por la sorpresa.

Y en aquel momento descubrió Bates que Krao Sagan empuñaba un fusil de rayos cósmicos.

—¿Qué pretende, insensato? — le gritó—. ¿Que nos maten a todos?

Sus palabras, aunque ahogadas por la mascarilla, llegaron hasta, los oídos del uraniano y los de los más inmediatos. Sagan miró al coronel; sus ojos refulgían de modo extraño y pese a la mascarilla pudo verse que sonreía.

—No existe ese peligro, coronel Bates — respondió —. Dentro de poco podrá maravillarse de lo cordiales que son mis relaciones con los plutonianos.

—¿Qué ha querido decir? — rugió el comandante del XY-200, que comenzaba a comprender.

—¿Tan torpe es que aún no lo ha adivinado? — fue la cínica respuesta de Sagan.

— ¡Usted es el maldito saboteador y el causante de todo esto! — volvió a gritar Bates, avanzando amenazadoramente hacia el uraniano.

El fusil que éste empuñaba se alzó amenazador.

—Déjese de tonterías—dijo Sagan con fría entonación —. Ya sabe que yo no vacilo en matar. Deténgase y podrá seguir viviendo. Mis amigos no les privarán de la vida; les considerarán sus prisioneros hasta que hayan conseguido arrojar a ustedes los terrestres de Plutón.

Bates sintió que alguien se colocaba a su altura y le susurraba:

—¡Por Dios, Alexander! No cometa una tontería,

—La profesora Hansen dice bien, coronel Bates. No debe cometer esa tontería que está pensando — intervino Sagan—. Y usted, Syl, no la cometerá tampoco si me entrega esa cartera en la que guarda los diseños del virtualizador de imágenes. Tomaron muchas precauciones, pero no fueron suficientes como para impedir que su importantísimo invento llegue a manos de los plutonianos. Ellos me lo pagarán bien. Tendré honores y seré alguien, cosa que no habría sido de haberme contentado con ser su oscuro ayudante. ¡Vamos, profesora Hansen, déme la cartera sin necesidad de que la retire de sobre su cadáver!

Su mano se adelantó para recibirla.

Syl Hansen pareció indecisa.

—Pero...—comenzó a decir.

La rápida acción de Bates impidió que terminara la frase. El joven le había quitado la cartera de las manos.

—Si es esto lo que los plutonianos quieren, démoselo. De todos modos se apoderarían, aunque nos negáramos. Tome, Sagan; no deseo violencias.

El nombrado volvió a sonreír y con su tono helado respondió:

—Creí haberme equivocado con usted, pero veo que no; es tan Inteligente como supuse en un prínci...

No pudo terminar. Bates aprovechó la confianza del traidor para lanzarle con fuerza la cartera ni rostro. Sin perder un segundo se arrojó sobre él derribándole.

La sorpresa de Sagan y la formidable corpulencia del joven coronel fueron factores esenciales que contribuyeron a que la pelea resultara fulminantemente rápida y de consecuencias poco beneficiosas para el uraniano.

Bates tomó el arma del caído y agarró por un brazo a Syl, obligándola a correr con él. Al mismo tiempo gritó:

—¡Que me sigan los que puedan!

Gracia se separó inmediatamente del grupo, seguido de un joven oficial y dos componentes más de la tripulación.

Los seis corrieron sin volver la vista atrás, sin más deseo que alcanzar las escarpaduras que ofrecían su generosa protección a escasa distancia.

Numerosos disparos procedentes de los plutonianos restallaron trágicamente. De vez en cuando se desintegraba alguna roca próxima a ellos al ser alcanzada por los mortíferos rayos de las armas plutonianas.

La patética carrera finalizó cuando los fugitivos alcanzaron las primeras grandes rocas. Un esfuerzo más y habrían de estar a cubierto de los disparos. Los primeros en escalar habían sido Gracia y dos de los tripulantes. Desde arriba se encargaron de izar al resto.

Continuaron alejándose del lugar. Tenían la tácita consigna de seguir huyendo hasta que lo permitieran sus fuerzas.

Esto sucedió al cabo de dos agotadoras horas do avanzar por el borde de siniestras barrancas y escalar pelados riscos irritantemente desprovistos del menor signo de vegetación. En ningún momento habían comprobado que les persiguieran y ello les confió a detenerse para recuperar fuerzas. Especialmente, Syl estaba rendida.

A pesar de llevar abundantes provisiones de alimentos concentrados, a nadie le apeteció tomarlos.

El problema de la sed lo resolvieron bebiendo del agua que se alojaba en los huecos de las rocas. Las lluvias en el asteroide debían ser escasas por la pobreza de oxígeno de su atmósfera, pero por otra parte, la casi nula evaporación favorecía la conservación de los diminutos charcos.

Se sentaron unos junto a otros para combatir el riguroso frío. Guardaron silencio hasta que Gracia abordó el problema.

—¿Qué podremos hacer, dando por supuesto que podamos eludir a los plutonianos?—preguntó con una mueca.

La pregunta iba dirigida a Bates. Éste miró con excesivo interés el fusil que arrebatara a Sagan, sin, al parecer, haber oído.

—No puedo responder a esa pregunta—dijo al fin—. Fue, digamos, un impulso de rebeldía. Quizá creyera que permaneciendo

alguno de nosotros en libertad podríamos ser útiles a nuestros amigos. Pero ahora se ven las cosas tal como son en realidad. Sólo podemos hacer una cosa y es dejar que transcurra el tiempo y se sucedan los acontecimientos. ¿Alguien tiene una idea mejor?

Nadie respondió. Ello dio motivo para que de nuevo reinara el silencio. Gracia creyó oportuno presentar al oficial y los dos tripulantes. Pensó que de este modo podría ahuyentar los tenebrosos presagios de todos.

El oficial se llamaba Igor Andreief y Bates había tenido ocasión de hablar con él varias veces. De los tripulantes, uno era el operador del radar y el telecaptor de imágenes y el otro un especialista en aplicaciones electrónicas. El primero, Tam Saphar, vio la luz por primera vez en los helados páramos de Neptuno, y el otro, un delgadísimo habitante de Saturno cubierto casi totalmente por irisadas escamas, tenía por nombre Yoc-ya.

Pese a los desesperados esfuerzos de Gracia, el silencio descendió de nuevo sobre ellos.

De improviso, Syl Hansen recordó los valiosos diseños.

—Los llevo sobre mi persona. Tranquilícese — dijo Bates, respondiendo a la pregunta de la muchacha—. Creo que debemos reanudar la marcha. Aún no estamos seguros.

Esta vez la marcha fue más lenta. La corta etapa de descanso no había bastado para reponer las energías.

Llevaban caminando aproximadamente media hora cuando Tarn Saphar, que caminaba en vanguardia, lanzó un grito.

El resto de los componentes del grupo no tardaron en reunirse con él. El excitado Saphar les mostró los restos de una astronave terrestre. Forzaron el paso para llegar hasta ella. Más de quince minutos Invirtieron en llegar. Aunque totalmente inservible, la espacionave se conservaba en magníficas condiciones de habitabilidad. No era militar y debía de haberse estrellado hacía poco tiempo a juzgar por el magnífico estado de los mecanismos de precisión.

La recorrieron en su totalidad en busca de armas, pero no pudieron hallar más que una pistola eléctrica. En cambio, las ropas y los alimentos concentrados abundaban. Era un flete cedido por una Importante factoría de concentrados alimenticios de Marti con destino a Plutón. Los piratas plutonianos debían haberlo interferido.

Después de una deliberación que duró algunos minutos se acordó descansar en el interior de la astronave. Confeccionaron una cena a base de conservas naturales y se estableció un turno de guardia.

Tras la cena renació el optimismo y éste trajo consigo la esperanza.

El descanso duró seis horas que no se vieron turbadas por el menor incidente.

Nuevamente la comitiva se puso en marcha, pues todos coincidieron en que aquel lugar estaba demasiado próximo al lugar del aterrizaje. Las jornadas del día anterior se sucedieron con exasperante monotonía.

Era al disponerse a hacer un alto cuando los seis amigos descubrieron la entrada gigantesca de una caverna. Las colosales dimensiones de la misma indujeron a los fugitivos a entrar en ella.

Creyeron llegar pronto al fondo, pero les llamó profundamente la atención el que la cueva se prolongase constantemente, al mismo tiempo que la altura aumentaba en proporción progresiva.

Bates ordenó el alto. Había algo más importante que hacer que visitar la gruta; por encima de todo, era preciso alejarse.

Mientras Yoc-ya deshacía el camino andado y se dirigía a la entrada para vigilar desde allí, sus compañeros se dispusieron a preparar la cena que, gracias a la previsión de Syl, aún podían confeccionar a base de conservas al natural, de cuyo transporte se había encargado la muchacha.

Por primera vez desde que escaparan se sentían relativamente seguros. Hasta llegaron a escucharse algunas risas en el transcurso de la comida.

De improviso pudieron escuchar la voz de Yoc- ya. No precisaron si se trataba de un grito de alerta o de una simple llamada. Su silueta se recortaba a contraluz y sus ademanes no parecían exagerados. Bates se puso en pie y trató de averiguar qué quería el de Saturno.

Cuando llegó a su lado, pudo darse cuenta de que el otro estaba más excitado de lo que normalmente podía esperarse.

—He hecho un descubrimiento — declaró Yoc-ya, apenas Bates estuvo al alcance de sus palabras—. En esta gruta: ¡hay vegetación!

Bates le miró de una manera extraña.

—Bien. De todos modos eso no es asombroso. No puede decirse que la flora de este asteroide sea lujuriante, pero no ha sido muy difícil tropezar durante nuestra huida con pequeñas manchas musgosas. Y— dirigió una mirada a su alrededor — no creo que usted haya encontrado aquí cualquier bosque.

Yoc-ya pareció no advertir el tono sarcàstico de las últimas palabras del coronel.

—No. No es musgo lo que he descubierto, sino una planta que creo es de orden superior al musgo. En fin, yo no entiendo absolutamente de botánica, si usted quiere verla.

La realidad era que Bates no tenía más conocimientos que Yoc-ya, y eran los adquiridos en el ejercicio de su profesión, a través de los continuos viajes por el Cosmos. A pesar de ello llamó poderosamente su atención el inusitado tamaño del vegetal con respecto a lo poco que de la escasa flora de Silón podían haber visto. Su altura sobrepasaría escasamente los diez centímetros y por sus características no podía asociarlo con ninguna de las especies por él conocidas.

Poco a poco fueron retrocediendo hacia el interior de la caverna y a medida que iban haciéndolo descubrían mayor número de plantas. Rebasaron a sus compañeros y continuaron adentrándose. Lai gruta torcía bruscamente después e iniciaba una pronunciada pendiente, continuando el techo rocoso su mismo nivel que hasta entonces, con lo que la caverna alcanzaba ya una altura muy superior a los treinta metros. Entonces descubrieron el primer signo de vida animal. Se trataba de un reptil de grandes ojos oblicuos y fosforescentes dotado de seis extremidades. Al descubrir a los humanos, se levantó sobre las dos últimas y, tras azotar el suelo con su cola roma, escapó veloz hasta ocultarse entre unas piedras. Su tamaño era aproximadamente de un metro, pero la visión resultó inquietante.

Las características de aquella parte de la gruta habían variado muy poco comparadas con las de la entrada, pero, aparte de la mayor amplitud, allí era más abundante la vegetación.

El resto de los componentes de la partida aparecieron en aquel momento en el recodo.

Bates los pudo distinguir inmediatamente, intrigándole el origen de la extraña iluminación difusa que al parecer se desprendía de las paredes de la gruta.

—¿Sucede algo? — preguntó el capitán Gracia.

—Hasta el presente nada — respondió Bates—. Yoc-ya y yo hemos estado Investigando la cueva y hemos encontrado señales de vida.

—¿Humana?

—Concretamente, hemos descubierto un reptil; y la experiencia nos ha demostrado siempre la existencia del ser humano allá donde existe vida animal o vegetal. No podrá sorprendernos el hallar humanos, aunque sean de orden infrarracional.

—¿Además de los plutonianos? — apuntó Syl.

—Además de ellos — respondió Bates—. Creo recordar que Tao Tseng opinaba que algunos asteroides del tipo «C» poseen vida interior. Si lo que estamos viendo no es eso, al menos, se le parece mucho. No quisiera imponer mi voluntad a ninguno de ustedes; por ello pretendo que discutamos si seguimos adentrándonos en este gigantesco túnel. Yo aporto la idea y, naturalmente, soy partidario dé ella.

Bates jamás podía haber esperado tal muestra de solidaridad por parte de sus compañeros. Se miraron entre sí como buscando a quien se mostrara disconforme, pero todos estaban conformes con la idea del coronel.

Gracia expresó el sentir general con las siguientes palabras:

—Después de todo, tanto da huir por la pelada corteza de arriba, que por aquí.

No hubieron más palabras. Se recogió la impedimenta y la comitiva se puso nuevamente en marcha.

A cada momento hacían un descubrimiento nuevo y con ello la marcha no resultaba monótona.

La caverna, que honradamente ya no podía calificarse de tal. se había ensanchado hasta lo inconcebible, siendo, en algunos lugares, tanta la separación de sus paredes, que era imposible distinguirlas unas veces por la exuberante maleza de colosales dimensiones, otras por la espesa neblina azulada que se desprendía de ella y que formaba diminutas nubes en el altísimo techo rocoso a cuyo contacto se deshacían en menudas gotas. Así, la lluvia era constante, más tan suave que apenas producía la menor molestia: Por otra parte, los vestidos de fibra plástica de los expedicionarios preservaban perfectamente de la humedad.

Comenzaron a verse árboles de tal magnitud que todos quedaron maravillados. Sin que mediara orden alguna se detuvieron todos para apreciar con detalle cuanto se ofrecía a sus ojos ávidos.

Pasados los primeros momentos de sorpresa y acuciante curiosidad, el cansancio, sobreponiéndose a las sensaciones emotivas, dejó ver sus primeros síntomas.

Syl Hansen era incapaz de mantenerse en pie por más tiempo. Así lo hizo saber al dejarse caer con un suspiro sobre una irisada roca.

—Estoy completamente rendida.

—Sería conveniente descansar un poco — intercedió Gracia—, Pedemos hacerlo tranquilamente ahora, que parece haber desaparecido el peligro de que nos den alcance.

—No tengo nada que objetar—declaró Bates—. Estoy por completo de acuerdo. Hemos andado durante muchas horas, aunque lo insólito del paisaje ha hecho amena la marcha e impedido que advirtiéramos la fatiga. Pero creo que debemos buscar algún lugar que reúna condiciones — hizo un significativo gesto con la mano, indicando al techo—. Esta microscópica lluvia acaba por ser molesta.

Unas rocas salientes proporcionaron el apetecido abrigo. A su amparo se improvisó el campamento sin que para ello hubiera que hacer otra cosa que dejar la impedimenta sobre el suelo y dejarse caer junto a ella.

Syl extrajo algunas de las conservas naturales que les quedaban y las preparó, ofreciéndolas a sus compañeros.

—Buena idea, profesora Hansen — comentó Bates—. Nos conviene conservar las fuerzas.

—Dicen que con el estómago lleno se ven las cosas con más optimismo — dijo Gracia con su eterna sonrisa—. Por lo tanto, a mi póngame una buena ración; estoy un poco deprimido y no tengo ninguna guitarra a mano para alegrarme.

Sus frases animaron la conversación, ayudando a distraer la mente de la muchacha de ideas tristes.

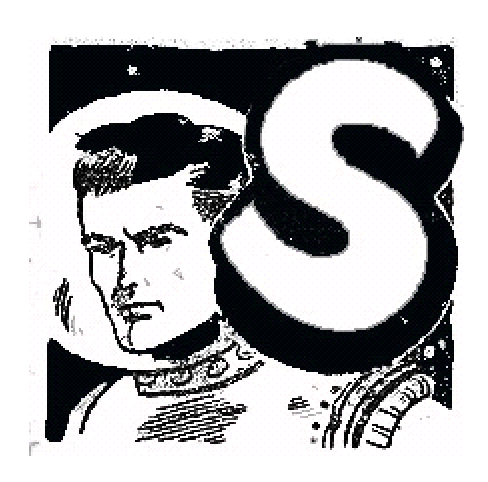
Naturalmente, dentro de la gigantesca gruta no podía apreciarse cuándo había llegado el día o la noche. La difusa luminosidad lechosa proporcionada por la extraña fosforescencia de sus rocas era invariable. Ello había contribuido, en parte, a que los fugitivos no repararan en el tiempo que habían invertido en la dura marcha.

Después de algunos cálculos se dedujo que era bien entrada la noche. Toda la seguridad estribaba en la hora que determinaba el cronógrafo del oficial Andreief, toda vez que el de Bates se habla destrozado en una desafortunada caída.

El coronel estableció los turnos de guardia, reservándose el primero para sí minino. El resto de los componentes del grupo tardaron poco tiempo en estar completamente dormidos.

CAPÍTULO V

EN LA BOCA DEL LOBO



E hizo necesario que Yoc-ya empleara cierta violencia para despertar a sus amigos. Estaba muy avanzada la mañana, aunque para convencerse de ello hubieran de fiar de las palabras del viejo de Saturno.

Nuevamente el reducido grupo se puso en marcha. En los rostros de todos podía leerse claramente el desaliento. Las provisiones comenzaban a ser escasas y aunque aún podrían alimentarse por espacio de tres días más, después del riguroso racionamiento impuesto por Bates, el temor de no hallar con qué sustituir las tabletas de concentrados empezó a tomar cuerpo. Hasta el presente no hablan advertido más signo de vida animal que el que el testimonio de Bates y Yoc-ya había aportado.

Empero, nadie había expresado con palabras sus pensamientos, siendo le cierto que esta idea desplazaba a las que representaban los riesgos que pudieran correr en aquel mundo desconocido.

Mas estaba muy próximo el momento en que la pequeña expedición habla de comprobar colectivamente la existencia de seres

vivos en las entrañas de Silón.

El grupo habla visto detenida su marcha por un elevado farallón, cuya altura debía ser la misma que la del techo de la gruta. Lo poco practicable de la vegetación les había ido obligando paulatinamente a desviarse hasta una de las paredes. Ahora, el formidable obstáculo del murallón rocoso les impedía continuar en línea recta, siendo necesario bordearlo hasta allá donde acababa.

Resultó ser más breve de lo que en un principio habían esperado. Gracia y Tam Saphar eran los que marchaban, en cabeza y los primeros en doblar el recodo que originaba la terminación del farallón, de una estrechez casi ridícula si se la comparaba con el impresionante aspecto que producía su contemplación desde lejos. Pero nadie pudo apreciar aquello, porque casi en él mismo instante en que desaparecieron de la vista los que caminaban en vanguardia, las paredes de la caverna devolvieron centuplicado el pavoroso eco de un extraño y espeluznante rugido.

A pesar del pánico, todos corrieron para saber cuál había sido la suerte de sus compañeros. Bates corrió delante de todos con el fusil de rayos cósmicos presto para disparar.

Aunque estaba preparado para contemplar sin asombro objeto, fenómeno o ser con que pudieran toparse, la terrible criatura que descubrieron sus ojos era algo que jamás había entrado en las más atrevidas ponderaciones del joven coronel.

La sorpresa le mantuvo clavado al suelo durante unos segundos. La causa de su estupor tenía una altura no inferior a los quince metros y su aspecto de ningún modo resultaba tranquilizador.

Describir con palabras el aspecto del formidable monstruo que se erguía amenazador casi en el centro de la gruta es tarea nada fácil. La idea que pudiera darse por comparación con otros seres conocidos quizá resultara inexacta, pero la única comprensible.

El gigantesco corpachón, cubierto por enormes plaquetas de cierta similitud con la de los saurios mayores, tenía un volumen mayor del doble de los mayores de los que existieron en la Tierra en épocas prehistóricas. Cinco pares de grosísimas patas se alineaban simétricamente a ambos lados del ciclópeo tronco.

Del mismo arrancaban dos largos cuellos rematados por sendas cabezas armadas, respectivamente, por una aguja ósea. Los ojos, intensamente verdes, desaparecían a intervalos entre unos repliegues de la piel, dando la sensación de parpadeo. La boca se abría,

desmesurada y provista de potentes defensas, al final del alargado morro de cada una de las cabezas.

En el momento en que le sorprendiera Bates, estaba apoyado sobre los dos últimos pares de patas, manteniéndose erguido, con lo que su aspecto era doblemente imponente y sobrecogedor.

Bates observó con el rabillo del ojo y pudo ver a Gracia y a Saphar arrebujados contra las rocas del farallón. Pudo darse cuenta de que la bestia les miraba y eran para ellos sus enfurecidos rugidos. Pero por alguna causa que Bates no podía discernir el animal vacilaba en atacar.

Aunque Gracia portaba la pistola, no había, intentado siquiera encañonar al monstruo, plenamente convencido de que con aquella arma nada so podía contra él. A sus espaldas escuchó el grito de pánico emitido por la profesora Hansen.

Procurando no alzar demasiado la voz, advirtió:

—¡Arrójense al suelo y procuren ocultarse entre la vegetación. Tal vez podamos pasar inadvertidos.

Pero el grito que lanzara Syl había alarmado al gigante bicéfalo y comenzaba a lanzar más rugidos y a agitarse con desasosiego.

Bates no perdía de vista las evoluciones de su enemigo y pensaba al mismo tiempo en las posibilidades del fusil de rayos cósmicos. Una descarga era suficiente para fundir una roca. Esto le dio ánimos y luchó por alejar de sí la idea de que pudiera resultar inofensivo ante el monstruo. Aferró con fuerza el culatín y esperó.

El bicéfalo — como desde aquel momento le bautizara el joven — comenzó a moverse.

Pero contra lo que era lógico suponer, la bestia no avanzó hacía ellos en línea recta, sino más bien desplazándose hacia una de las distantes paredes de la caverna.

Bates no podía comprender la extraña maniobra de un ser que era de suponer no poseía más vestigio de inteligencia que el impulso de su instinto. Vio que el bicéfalo se detenía como indeciso por no saber qué camino tomar. Siempre atento, Bates, observó de nuevo que la enorme bestia variaba el rumbo, para dirigirse en línea recta hacia Gracia y Saphar, que parecían hipnotizados por la visión que les enajenaba; pero apenas había avanzado algunos metros, cuando lanzó un potente resoplido y retrocedió apresuradamente.

Por unos instantes pareció que el monstruo abandonaba todo el interés que pudiera tener por sus presas, pero de nuevo se puso en movimiento, avanzando a una velocidad increíble en tan descomunal talla. Para ello había dado un regular rodeo y se dirigía en diagonal hacia sus víctimas, tronchando cuanto se interponía en su alucinante carrera. Las paredes de la caverna devolvían centuplicados los ecos de sus terribles pisadas.

Bates se vio en la necesidad de cambiar de postura, toda vez que el bicéfalo habría de pasar sobre ellos antes de llegar hasta donde se hallaban Gracia y el neptuniano. Sólo el' pensarlo le hizo sentir un frío intenso a todo lo largo de la columna vertebral.

El punto de mira del fusil apuntó a la enorme mole. Con tal blanco era prácticamente imposible fallar.

Alguien llegó arrastrándose hasta él a través de las altas hierbas. Era Yoc-ya.

—¡Nos va a aplastar! —exclamó.

—Espero que no resista la descarga de rayos cósmicos—respondió Bates, sin dejar de apuntar.

De haber podido ver el rostro de Yoc-ya hubiera podido comprender el pánico que él mismo estaba experimentando.

El formidable ruido del bicéfalo al correr llenaba ya los tímpanos hasta el extremo de inducirle a creer que iban a estallar, cuando su dedo índice oprimió el gatillo del arma.

La vivísima luz del disparo hizo que diera la sensación de que el resto de la gruta estaba en tinieblas.

Simultáneamente estalló el rugido sobrecogedor que indicaba que el poderoso enemigo había sido alcanzado en un punto vital.

Bates había apuntado a lo que pudiera denominarse pecho del bicéfalo, no queriendo correr el riesgo de disparar contra cualquiera de las dos cabezas, en el miedo de que el impacto no resultara mortal.

El monstruo se había detenido en su carrera y sus rugidos más bien parecían lastimeros aullidos de perro. Empero, nada podían saber de la efectividad del disparo hasta que se disipara la densa nubecilla que envolvía la parte superior del bicéfalo. Esto habría de suceder mucho después, debido a la mayor densidad gaseosa de la caverna. Pero la bestia se derrumbó antes.

Se desmoronó hacia un costado. A la caída total siguió un fuerte chapoteo.

Bates se puso en pie de un salto y, sin saber a qué obedecía su impulso, quiso correr en dirección al abatido bicéfalo, pero lo que vio en los segundos siguientes y el recuerdo del ruido producido por el animal al derrumbarse como sobre agua, le contuvo en el preciso momento en que advertía el terrible peligro.

Inmediatamente escuchó el desgarrado grito de Gracia

— ¡Que nadie se mueva de donde está, o que siga mis pasos! —gritó el coronel, retrocediendo sobre el camino recién hecho—. Estamos en las inmediaciones de un pantano.

Llegado que hubo a terreno que ofrecía mayores garantías, echó a correr en dirección al lugar del que habla partido el grito de Gracia. Buscó con la vista a Saphar y no pudo divisarle, pero sí escuchar sus gritos en demanda de auxilio y los de su segundo.

Por el eco de las voces, y recordando el lugar que momentos antes ocuparan, llegó pronto junto a ellos.

Aunque había imaginado la escena que ahora estaba viendo, le impresionó ver a Gracia hundido en ceniciento fango cuyo nivel estaba a punto de llegarle a la altura del pecho. El desgraciado gritaba con todas sus fuerzas y en sus ojos horriblemente desencajados podía leerse todo el espantoso terror que experimentaba.

Tetando de afianzarse al suelo sólido estaba Saphar, sosteniendo con la diestra una rama seca que tendía al piloto.

Por los restos que pudo ver sobre la superficie fangosa, la rama se había partido ya tres veces.

—¡No va a conseguir nada de ese modo! —exclamó Bates—. Esa rama está totalmente podrida.

—¿Qué podemos hacer? — preguntó Saphar, pálido y tan desencajado como el propio Gracia.

—Necesitamos alguna cuerda o algo que haga sus veces. ¿No tiene algún sedal de nylon?

El neptuniano movió nerviosamente su cabeza en sentido negativo.

—Quizá si buscáramos alguna otra rama más larga… —dijo.

Pero no hubo tiempo siquiera para pensar.

—¡Me ahogo! —gritó Gracia.

Efectivamente, sólo su cabeza emergía del cieno y estaba hundiéndose con rapidez.

—Sujete el fusil por un extremo — ordenó Bates con decisión —. ¡Y que Dios le dé fuerzas suficientes para sostener mi peso.

Antes de que el estupefacto Saphar pudiera darse completa cuenta de qué era lo que se proponía el joven, ya estaba Bates dentro de la ciénaga entre Gracia y la orilla.

Desde el primer momento advirtió la terrible succión del pantano. Su mano derecha se aferraba a la cinta de nylon que servía para colgar el fusil al hombro. La izquierda la tendió hacia el sitio en que se hundía su amigo.

Una imprecación se escapó de sus labios al comprobar que apenas podía rozar con sus dedos la mano más próxima de Gracia.

Haciendo un desesperado esfuerzo que le valió hundirse de golpe hasta la cintura, logró tocar los dedos de Gracia, que se aferró con desesperación a la mano salvadora.

Mas aquella mano dejó de ser salvadora en el mismo momento en que la de Gracia se aferraba a ella y, de resultas del tirón, el fusil se escapaba de las de Saphar, que no pudo reprimir un grito de dolor, pues sus palmas se desgarraron dolorosamente en su vano intento de evitar que el arma se escapara de la presión que ejercía sobre ella.

Pese a todo, Bates no soltó la mano de su amigo, aunque, de intentarlo, no lo hubiera podido conseguir. Una extraña lucidez dominaba en las ideas del joven.

Syl y el resto habían llegado a la orilla de la charca. El terror paralizó a todos, y hubo de ser el propio Bates quien gritara:

—¡Desgarren una manta térmica y confeccionen una cuerda con ella!

Yoc-ya fue el primero que comprendió la idea y quien de dos rápidos tajos cortó una de las mantas, enlazándolas con un rápido nudo.

Fueron necesarias dos tentativas antes de que Bates, con nerviosos dedos, lograra asirse a uno de los extremos.

Todos tiraron de la improvisada soga, rogando para que el nudo no cediese. El esfuerzo se vio premiado por el éxito, ya que dos minutos más tarde habían conseguido que Gracia pudiera respirar perfectamente. No obstante, atraerlos hasta la orilla fue mucho más difícil y precisó que Andreief penetrara en el pantano.

Pese a que Gracia, el más lejano de la orilla, apenas distaba de ella dos metros escasos, fueron necesarios veinte minutos largos para que los tres estuvieran a salvo.

No hubo palabras, únicamente Syl Hansen quebraba el silencio con llanto ahogado.

Y hubo de ser ella quien lanzara el grito de aviso.

—¿Qué sucede? — preguntó Bates.

La muchacha le indicó con el dedo en dirección contraria a la que había venido, precisamente por el lugar en que el joven había dado fin al bicéfalo. Aquella respuesta tácita fue suficiente, porque todos pudieron ver sin dificultad la cohorte de plutonianos que, armados, avanzaban hacia ellos con toda clase de cautela.

A Bates siempre le habían causado repulsión aquellos seres de piel de batracio repelentemente rugosa, sus brazos larguísimos con manos de sólo tres dedos rematados por ventosas de poderosa succión, su único ojo totalmente blancuzco sin protección de pestañas y la repugnante gran boca armada de amenazadores colmillos salientes casi seis centímetros, pero ahora, a la difusa luz de las rocas fosforescentes, aún le parecieron más aborrecibles.

Recordó con desánimo el fusil de rayos cósmicos perdido en la ciénaga, aunque reconoció que no habría podido usarlo dos veces seguidas frente a los veinte enemigos armados hasta los dientes.

Yoc-ya empuñó la pistola eléctrica, que había hallado sobre la orilla del pantano.

—No haga eso — previno Bates—. No lograría sino que acabaran con nosotros ahora mismo.

—¿Qué debemos hacer entonces?

—Lo único que podemos: esperar. Por otra parte, las precauciones que adoptan dan a entender que quieren capturarnos vivos. De otro modo ya hubieran disparado sobre nosotros sin exponerse, pues parece ser que hace algún tiempo que nos han descubierto. Creo saber lo que buscan; a estas horas debe haber millares de patrullas como

ésta buscándonos por esta parte del asteroide. A los plutonianos les interesamos vivos, cuando menos necesitan viva a la profesora Hansen.

—¿Por qué? — preguntó Andreief.

—Es largo de explicar — replicó Bates—, Toda nuestra, odisea tiene por origen ciertos planos de un importantísimo invento de la profesora.

La aludida pareció sobresaltarse.

—¡No permitas que me cojan viva, Alexander! — exclamó, refugiándose en él. Por primera vez le había llamado por su nombre de pila.

—No temas. No creo que nos hagan daño; es demasiado prematuro para dramatizar. De momento todos tenemos la misma importancia para ellos. Voy a intentar entenderme con ellos; es posible que alguno de ellos hable nuestra jerga interplanetaria.

Alzó la vez, dirigiéndose a los que llegaban.

—¡Abandonen sus precauciones, no pensamos oponer resistencia! ¡Nos entregamos!

Las palabras de Bates no parecieron surtir el menor efecto en los plutonianos, que siguieron avanzando, ahora en abanico, para rodearles.

—Que nadie haga el menor gesto que pueda ser torcidamente interpretado por ellos — recomendó nuevamente el coronel—. No me han entendido. ¿Alguno de ustedes habla su idioma?

Nadie respondió.

Los plutonianos les habían cercado por completo y uno de ellos les gritó algo que no podían entender, haciendo comprensibles gestos para que caminaran en dirección contraria a la que habían traído.

No hizo falta más; los seis prisioneros se pusieron en marcha.

Yoc-ya intentó guardar la pistola eléctrica, pero uno de los plutonianos extendió su largo brazo, arrebatándosela. Ni siquiera les fue permitido que recuperaran el bagaje.

Cuando Bates se acercaba hacia donde lo habían dejado, uno de los plutonianos le empujó rudamente haciéndole trastabillar.

—¡No voy a buscar ningún arma, pedazo de animal! Vamos a cargar nuestras cosas — trató de explicar Bates, dominando a duras penas la ira que el desconsiderado trato había despertado en su ánimo.

Pero su agresor le indicaba, con expresivos movimientos de su arma, acompañados de unas palabras guturales e incomprensibles para él, que siguiera andando hacia donde se hallaban sus compañeros.

Bates se encogió de hombros y emprendió la marcha.

Después de bordear el pantano se adentraron más y más en la caverna.

CAPÍTULO VI

PODEMOS QUEBRANTAR LA VOLUNTAD



UESTRO esfuerzo ha resultado baldío — suspiró Syl—. Parece mentira que después de tantas precauciones como se tomaran para evitar qué el secreto trascendiera, los Plutonianos hayan de lograr mi invento. ¡Tanto esfuerzo y sacrificio para beneficio de nuestros mortales enemigos!

—No va a ser tarea fácil para los plutonianos — comentó Bates.

—No lo crea. Las fórmulas que retengo en la memoria, aunque importantísimas, pueden ser deducidas de los diseños que usted guarda. Si encontráramos el medio de hacer desaparecer esos planos...

—No creo que sea necesario. Además, sería imposible.

—¿Por qué?

—Por la sencilla razón que los diseños ya no están en mi poder.

—¿Los perdió en el pantano, entonces?

—Algo mejor que eso. Los escondí en la astronave.

—Pero, ¿cómo? Si me dijo que los llevaba consigo cuando escapamos…

Bates sonrió.

—Y no le mentí. Los guardé en la espacionave mercante abandonada.

Ahora fue ella quien sonrió.

—Es usted maravilloso. Krao Sagan y sus aliados tendrán una magnífica sorpresa al ver que no llevamos sobre nosotros los diseños.

—¿Tan importante es ese invento suyo? — preguntó Bates, más con intención de averiguar de qué se trataba, toda vez que el precipitado transcurso de los acontecimientos pregonaba bien a las claras cuán codiciado era el descubrimiento de la profesora.

La muchacha no se mostró remisa. Una vez que el secreto había dejado de serlo, no le importaba hablar de él; naturalmente, Bates le merecía entera confianza.

—Lo es hasta cierto punto. No se me oculta que el dispositivo inventado por mi padre, y logrado por mí, no es, ni con mucho, definitivo. Pero resultará lo suficientemente eficaz como para decidir el resultado de las primeras batallas, caso de un conflicto interastral.

»Para mejor comprensión de mis palabras, será preciso que le explique, al menos en síntesis, en qué consiste y cuál es la aplicación del dispositivo cuya posesión desean los plutonianos.

»Imagine usted una astronave enemiga contra la que se ha de enfrentar y en realidad no está viendo la masa real de ella, sino su simple imagen.

—Perdone que la interrumpa, pero es demasiado complejo. ¿Quiere decir que con su invento es capaz de crear flotas aéreas imaginarias? ¿Es eso lo que quiere decir?

Syl asintió con la cabeza, mientras sus labios sonreían.

—En cierto modo. Pero no se devane los sesos; seré más explícita. Cualquiera espacionave equipada con un virtualizador de imagen tiene la propiedad de desplazar su propia imagen a una distancia superior a los cincuenta metros y en cualquier dirección. Quiere decir esto que un posible enemigo dirigiría sus disparos contra la imagen

virtual, o sea, sus disparos se perderían en el espacio.

En el rostro de Bates se reflejó la sorpresa, pero fue sólo por algunos segundos, pues nuevamente estaba ya contraatacando.

—Y, dígame, ¿qué sucede con la imagen real?

—Resultaría largo de explicar cómo se consigue científicamente eclipsar la imagen verdadera.

—¿Eclipsar? ¿Es que la imagen real llega a desaparecer?

—Usted lo ha dicho. Desaparece. Todo consiste en hallar espejos apropiados. Es un viejo truco, en principio, que los actores de variedades emplean para hacer ver que presentan una cabeza parlante totalmente separada del resto del cuerpo, por ejemplo. Naturalmente, no es más que una comparación para que pueda comprender con facilidad. La realidad científica es algo más complicada.

—Lo imagino. Pero creo que hay algo con lo que usted no ha contado.

—Puedo asegurarle que he dedicado varios años de mi existencia a perfeccionar el invento de mi padre— en sus ojos había la lucecita burlona que viera Bates el primer dia que se conocieron. Aquello irritó al hombre.

—No pretendo restar mérito a su trabajo; pero parece haber olvidado que existen armas automáticas suprasensibles que disparan contra la masa, sin que en su funcionamiento juegue papel alguno la visión del blanco. En concreto, me refiero a los cañones sensimáticos que se sienten excitados por la masa.

Estas últimas palabras las pronunció pleno de satisfacción, convencido de que su irrefutable argumentación habría de apabullar a la profesora.

En efecto, dio en el blanco, yero ella resolvió la situación de un modo que contribuyó a desconcertar al aplomado joven.

—Es cierto. El virtualizador de imágenes no puede nada contra esas armas, ¿pero no cree que ya es alguna ventaja en el combate? Sin contar con que son escasas las astronaves que se ven dotadas con esos cañones ultrasensibles. Por otra parte, quizá le sobresalte saber que estoy estudiando en el presente, y con bastante éxito por cierto, la solución a ese problema. En el peor de los casos puede convencer a los plutonianos de que cuantas molestias se han tomado carecen de objeto. ¿No cree?

Bates no pudo ocultar su desconcierto. Se mordió los labios antes de contestar; cuando lo hizo le costó bastante pronunciar las palabras:

—No he querido decir que su invento no sea magnífico. Reconozco que es revolucionario y maravillosamente efectivo.

Estaba convencido de lo que acababa de decir, pero le dolía enormemente tener que reconocerlo.

No volvió a pronunciar palabra, tratando de ocultar su corrimiento.

El paisaje había variado muy poco. Se preguntó si todo el asteroide estaría minado por galerías corno aquella y si era allí donde los plutonianos se habían establecido.

De pronto, algo rompió la monotonía de la marcha. Habían salido de una zona de vegetación más espesa y desembocado en una especie de calvero o claro y pudieron descubrir varios vehículos a los que daban guardia ocho plutonianos.

Los vehículos eran seis y de suficiente capacidad. Estaban totalmente descubiertos e iban armados de orugas. Su aspecto recordó en cierto modo a Bates los tanques que viera en los museos, anticuadas armas que emplearon sus antepasados. En principio, la idea se ajustaba fielmente.

No implicaba fatiga mental alguna suponer que en ellos habían venido sus captores y que serían obligados a subir en los mismos. Como confirmación de tales suposiciones, los prisioneros hubieren de acomodarse sobre los vehículos, merced a una orden que no fue preciso repetir dos veces.

Las orugas marchaban bien por aquel terreno ligeramente irregular. La hasta entonces anchurosa caverna comenzó a angostarse hasta el extremo de qué el convoy mecanizado hubo de deslizarse por una tan estrecha garganta que escasamente podía pasar un vehículo. Repentinamente fue ensanchándose de nuevo hasta llegar hasta una encrucijada de la que arrancaban dos nuevas galerías.

La caravana torció por una de ellas. Volvió la estrechura para igualmente ganar en amplitud a medida que se alejaban del punto inicial. Al cabo de cinco horas de marcha habían recorrido tal dédalo de túneles que ya nadie podía tener una visión clara de cuál había sido el camino recorrido.

Si alguno de los prisioneros había llegado a imaginar que sus

aprehensores habrían de hacer algún alto, quedaron completamente desengañados cuando ocho horcas después de haberse puesto en marcha el convoy de orugas seguía recorriendo las entrañas de Silón.

Descansar a bordo de aquellos vehículos era algo quo los náufragos del XY-200 no concibieron hasta que el sueño y la fatiga les sorprendieron en las más dispares posturas.

Por esta causa nadie supo que habían arribado al fin de su viaje hasta que fueron despertados por los gritos de los plutonianos.

Con prisas, que a los prisioneros se les antojó fuera da lugar, después de la forzada inactividad de más de doce horas de viaje, fueron obligados a abandonar los vehículos.

Jamás el pequeño grupo pudo haber esperado que en aquel laberinto de cavernas pudiera existir una ciudad como la que sus ojos estaban contemplando. En nada tenia envidiar a las que sobre la superficie de Plutón había.

El lugar en que ésta se alzaba era mucho más amplio de lo que antes habían visto, o quizá les pareciese así porque aquel lado estaba totalmente desprovisto de vegetación. A pesar de ello, Bates calculó que la gruta allí debía de tener una anchura tan próxima a los dos kilómetros, que quizá los rebasara.

Multitud de plutonianos de todas edades les rodearon emitiendo gritos que, a juzgar por los gestos de que se adornaban los que los lanzaban, difícilmente pudieran tomarse por recibimiento entusiástico.

Siempre custodiados por quienes les aprehendieran, llegaron hasta un edificio en el que hubieron de entrar. Allí se verificó una especie de relevo y un plutoniano con distintivos militares se hizo cargo de ellos.

Bates dirigió una mirada en torno a sí y comprendió que sería estúpido intentar escapar, pues, en el mejor de los casos, tardarían escasos segundos en ser capturados de nuevo.

—Ni siquiera nos queda la posibilidad de intentar la fuga —comentó Gracia, que había advertido el gesto de Bates,

—Es cierto—respondió éste—. No parece haber más puerta que la que hemos utilizado para entrar, y ésa está bien guardada. No; creo que, aunque lo intentáramos, no llegaríamos a conseguirlo.

—Puede que en su vida se haya acercado más a la realidad — dijo de pronto el plutoniano.

Su inesperada intervención hizo que todas las miradas quedaran prendidas en él.

—Al menos, halaga el conocer la cantidad de precauciones que adoptan para con nosotros—fue la mordaz respuesta de Bates.

El plutoniano le miró con la irritante fijeza de su único ojo. Al fin, su rostro se contrajo en una mueca que el terrestre no pudo interpretar. Pudo ser un gesto de desdén tanto como sonrisa de desprecio. En cualquiera de los dos casos, Bates no hubiera podido discernir. Para ello hubiese sido preciso saber cómo eran las sonrisas de los plutonianos y aquello, en rostro como aquél, con el repulsivo ojo lechoso desprovisto de iris, la húmeda piel repugnantemente viscosa y la horrible boca armada con los sucios colmillos, era empresa que los sentidos del joven coronel se resistían a acometer.

El camino a recorrer no era largo, dadas las dimensiones del edificio. Llegado que hubieron a lo que tenia todas las apariencias de ser una antesala, el plutoniano que les precedía ordenó el alto. Se introdujo por una puerta y tardó poco tiempo en estar de vuelta.

—Pasen — fue su lacónico mandato.

Bates, encabezando el pequeño grupo, traspuso el dintel y se vio en una estancia circular en la que se hallaban reunidos varios plutonianos. El terrestre y sus compañeros quedaron en el centro del recinto.

Nadie parecía dispuesto a pronunciar palabra. La irritante fijeza de aquellos seres monóculos molestó al joven, que ya se disponía a hablar, cuando unas palabras pronunciadas tras ellos le obligaron a girar en redondo.

—Celebraré que la excursión haya sido amena y provechosa. En nombre del príncipe Xonti les doy la más calurosa bienvenida a Than, la ciudad-Nervio de Silón.

Allí, balanceándose grotescamente sobre sus ridículas piernecillas, estaba el odiado Krao Sagan, con petulante sonrisa distendiendo su circular boca de cefalópodo.

—¡Vaya! ¡Qué agradable sorpresa!—respondió Bates con ironía—. Siempre resulta agradable ser recibido por viejos y buenos amigos. ¿Cuál es el estado de su salud?

Sagan acentuó aún más su sonrisa. Se puso en movimiento avanzando hacia el grupo de plutonianos, pero se detuvo antes de

llegar a su altura, quedando entre ellos y los prisioneros.

—Óptimo, querido coronel. Jamás rebosó mi cuerpo de mayor satisfacción que en estos momentos en que de nuevo gozo de la deliciosa presencia de ustedes. Y, variando de tema para resultar más ameno, ¿podría decirme, profesora, qué ha sido de los preciados diseños de su no menos preciado invento?

Al pronunciar estas últimas palabras hizo una reverencia burlona.

—Resulta usted repelente, Krao — respondió la muchacha con calor—. Mas no creo que sea esa la palabra adecuada para calificarle; se ajusta más a la realidad la de traidor. Pero pronunciado con toda la repugnancia y el asco que su cobarde conducta me merecen. No dice nada en favor de sus sentimientos el bien que siempre ha recibido de mi padre, primero, y de mí después. Es muy extraño su modo de demostrar agradecimiento...

—Bien, bien, profesora. No puedo creer que se haya propuesto enternecerme. Debiera comprender que los sentimentalismos están fuera de lugar en el momento presente. No creerá que he arriesgado tanto para resignarme ahora a escuchar sus reconvenciones.

Guardó silencio para dar ocasión a la muchacha para que se expresara. En vista de su obstinado mutismo volvió a hablar:

—Entrégueme esos diseños.

Syl Hansen engalló su cabeza con decidido gesto, innecesario por otra parte, ya que el objeto de los deseos de Sagan no obraba en su poder.

La actitud de la muchacha pareció irritar grandemente al uraniano. Su cabezota deforme se balanceó por breve espacio de tiempo; lanzó una mirada a los plutonianos que asistían impasibles a la escena y volvió a mirar a la mujer con cierta amenaza en su gesto.

—Creo, profesora Hansen, que no se apercibe de cuál es la situación actual de ustedes. Puedo asegurarles que no hay animosidad contra cualquiera de quienes la acompañan si se decide a colaborar con mis aliados. Jamás podrá arrepentirse si se decide a ello. No hay duda de que la perspectiva es placentera y fácil. El reverso de la medalla es muy otro. Con toda seguridad, menos halagüeño.

—No va a poder asustarme con amenazas, Krao.

—¡Oh, sí, profesora! ¡Ya lo creo que puedo! Sobre todo cuando vea por sus lindos ojos que esas amenazas tienen una escandalosa

facilidad para convertirse en hechos reales. Hechos cuya sola enumeración mental me producen cierto desasosiego. Crea mis palabras, estimo que no podría resistir su débil envoltura física más allá de tres o cuatro de esas «realidades».

Nuevamente hubo otra pausa, durante la que Syl no despegó los labios.

—Recapacite, Syl —volvió a decir Sagan—, Ya no se trata sólo de su muerte, sino de la de sus compañeros. Estoy seguro de que su mentalidad terráquea no le ha de permitir responsabilizarse del más o menos trágico fin a que pueden verse expuestos sus amigos.

La muchacha volvió sus angustiados ojos hacia Bates. El temor que reflejaba el rostro de Syl espoleó al muchacho.

—Escuche, Sagan — dijo, gesticulando cómicamente con sus manos—. ¿No experimenta la agobiante sensación de estar diciendo tonterías y a la vez perdiendo su tiempo de un modo lastimoso?

—Observo en usted ansias desmedidas de ocupar siempre primeros planos, coronel Bates — silbó, más que dijo, Krao—. Necesariamente tendré que ocuparme también de usted.

Acortó la distancia que mediaba entre ambos y se acercó a Bates con la mano derecha extendida en signo de petición.

—A propósito, déme los diseños — dijo.

—Permítame que me quite la mascarilla supletoria de oxigeno. He observado que aquí se puede respirar perfectamente y yo lo estoy necesitando, aunque mejor pensado, será preciso que la conserve puesta para evitar ciertas pestilencias que parecen haberse acentuado desde el momento que comenzó a acercarse…

El color terroso de Krao Sagan se esfumó repentinamente hasta tomar un tinte grisáceo. Con gesto de rabia trató de alcanzar la pistola que colgaba en bandolera a uno de sus costados y hacer uso de ella contra Bates. Pero antes de que esto pudiera suceder, el puño del joven se estrelló con furia contra el descompuesto rostro del uraniano.

Sagan dio unos pasos hacia atrás, intentando recuperar el equilibrio, pero un derechazo de Bates se lo hizo perder definitivamente, dando con sus huesos en el suelo.

Sin embargo, el uraniano no era débil y como un rayo se abalanzó a las piernas de su contrincante, intentando derribarle. Pero el coronel le evitó fácilmente saltando a un lado con agilidad. Premeditadamente

consintió que Sagan se pusiera en pie y se le echara encima como un bólido, parando diestramente sus coléricos puñetazos y aguardando la ocasión de colocar uno de efectivo.

No se le hizo esperar. Sagan soltó otro directo, que Bates paró con el hombro y, aprovechando la guardia abierta del uraniano, le disparó el puño derecho, alcanzándole en la mandíbula justamente cuando Sagan había logrado desenfundar su arma.

Tan contundente impacto le derribó, escapando la pistola de sus dedos. Sagan se incorporó precipitadamente para recuperar su arma perdida. No pudo conseguirlo, porque la voz de uno de los plutonianos se lo impidió.

—¡Basta, Sagan! No cometas la locura que intentas, si tienes algún interés especial en seguir viviendo.

El aludido guardó el arma y tras ponerse en pie se dirigió al lugar en que permanecían sentados sus aliados, no sin antes lanzar a Bates una mirada de difícil definición.

El plutoniano continuó hablando:

—Jamás en mi larga vida había escuchado una conversación más larga y con menos sentido. La profesora Hansen habrá de ver bien pronto que hubiera sido más beneficiosa la colaboración. De este modo, los hombres serán incorporados a las legiones de esclavos que trabajan en las minas. En cuanto a usted, profesora, no imagine que va a resultar difícil que obtengamos la información deseada.

—No insistan más —gritó la joven—. No tenemos los diseños.

—Eso no es cierto. No les creas, Xonti — intervino Sagan—. además, existen fórmulas complementarias que la profesora retiene en su memoria.

—No importa, Sagan — respondió Xonti—. Pronto sabremos cuanto hay en el cerebro de ella, ineluso dónde están los diseños. Que sean registrados todos por si han mentido.

—No revelaré nada — protestó Syl, próxima a la histeria.

—Cuando sepa que nosotros podemos quebrantar la voluntad humana, pensará de diferente modo.

CAPÍTULO VII

EL DOBLE JUEGO DE SAGAN



ESPUÉS de un frustrado intento de resistencia, los prisioneros fueron separados de la mujer.

Custodiados por soldados da la guardia de Xonti deshicieron el camino y salieron de nuevo al exterior. Se sucedieron las escenas de furia de cuantos plutonianos contemplaban el paso de los prisioneros.

En uno de los vehículos que les trajeran a Than fueron transportados hasta un campamento circundado totalmente por altas alambradas metálicas. Era un campo de esclavos.

De momento, aquel concepto les pareció vago e impreciso, pero más tarde, cuando hallaron en él a toda la dotación del XY-200 y su pasaje, excepto los plutonianos, y supieron por los relatos de Sangli Chaz y Tao Tseng, la terrible verdad se hizo en sus cerebros con lucidez lacerante.

—No hay compasión para nadie — decía Tseng—, Para ellos tenemos muchísimo menos valor que un objeto cualquiera, ni siquiera me atrevo a una comparación con los «robots». Diez horas de trabajo

ininterrumpido sin respetar la enfermedad o el desfallecimiento. Algo que difícilmente puede describirse con palabras. La comprenderán cuando lleven aquí algunos días; nosotros aún no nos hemos aclimatado al nuevo régimen, pero habremos ele esforzarnos en mostrarnos conformistas.

—Eso es totalmente absurdo — protestó Bates, a quien la idea de la esclavitud llenaba de repulsión—. Jamás aceptaré esta imposición y, mucho menos, el sometimiento, Algún modo ha de haber para escapar de aquí.

—Uno sólo — respondió Sangli Chaz sombrío.

—Pues forzaremos los acontecimientos. No es mi deseo permanecer aquí por mucho tiempo, ni dejar a la profesora Hansen en poder de los plutonianos. ¿Cuán es ese medio, Chaz?

El aludido vaciló antes de responder con desaliento:

—Tan sólo la muerte.

El silencio se hizo entre el grupo de hombres. Los últimos en llegar se miraron entre sí, como interrogándose.

—¿Es cierto que resulta imposible la evasión? — preguntó Gracia.

La pregunta iba dirigida a Tao Tseng.

—En efecto — respondió éste—; Chaz se ha adelantado a mis propios pensamientos. Les explicaré hasta qué punto es absurdo pensar en ello siquiera. En primer lugar, les invito a que echen una ojeada por los cuatro ventanales de este barracón — hizo una pausa para que pudieran aproximarse hasta el más próximo. Cuatro plutonianos armados montaban celosa guardia y, aunque sólo a éstos se les podía ver con claridad, se adivinaba la presencia de otros en puntos en los que resultaba dificultosa la visión precisa—. Hay más centinelas de los que, en un supuesto optimista, se podrían aniquilar sin que el resto se apercibiese de lo que sucedía. Si ello fuera poco, existen multitud de aparatos supersensibles de alarma que convierten en una dorada quimera la idea de una fuga. Ésta es la situación y la terrible perspectiva: esperar hasta sucumbir ante la fatiga o la enfermedad.

—Hace muy poco tiempo que gozábamos de libertad para que podamos admitir que nunca más volveremos a gozarla — respondió Bates con rebeldía.

Tao Tseng se encogió de hombros, dando a entender que si no sus

palabras, habría de convencerles el tiempo. Con gesto ambiguo se dirigió a un jergón, sobre el que se dejó caer. Bates le siguió.

—No sé, mi cabeza es un torbellino de ideas que se encuentran por lo dispar de sus contenidos. Naturalmente, no creo que en sus palabras haya escondido el deseo de mostrar los hechos de modo diferente a como son en realidad, pero también cabe la duda de que no haya aquilatado la totalidad de posibilidades. Por ejemplo; el hecho de que se nos someta a esclavitud indica que nos ha de emplear en algo beneficioso para ellos. En otras palabras, para obtener ese beneficio habrán de sacarles de aquí alguna vez. Tal vez entonces no sea tan difícil intentarlo — dijo.

Y al hacerlo, se podría decir que sus sentidos todos estaban pendientes de la respuesta del otro.

—Convénzase de una vez o tenga paciencia para cerciorarse de que cuanto le he opuesto es cierto. Estudié todas las posibilidades desde el primer momento en que fuimos traídos y, créame, si existe alguna probabilidad de escapar ha de venir desde fuera. No le creo tan optimista como para esperar que sea así. Deseche sus ideas que creo adivinar. Precisamente cuando trabajarnos para los plutonianos es cuando estamos más seguros y cuando menos se nos vigila.

—No puedo comprenderlo.

—Aun después de habérselo explicado, será necesario que lo viva para poder creerlo.

Evidentemente, el circunloquio de Tao Tseng agradaba poco a Bates, que expresó con un gesto su ansiedad por saber. El otro lo comprendió así y se apresuró a decir:

—Sí, coronel. Resulta imposible escapar entonces, porque, a pesar de no ser más de veinte los plutonianos que custodian a más de cuatrocientos seres de toda la Galaxia Solar, un terrible guardián nos acecha implacable vigilando nuestro trabajo. Basta que se abandone el trabajo treinta segundos para que nos fustigue con toda la horrible furia de su irracionalidad.

Bates demostró todo el asombro que las palabras de Tseng le producían.

—¿Se refiere a alguna bestia?

—Algo miles de veces peor. El cruel centinela es una argolla de metal que se nos coloca a modo de collar alrededor del cuello.

Bates miró a Tseng de un modo extraño. El asiático estaba sobreexcitado y al joven coronel no se le ocurría la causa.

—No puedo entender que eso sea realmente terrible— dijo.

—Lo comprenderá cuando le diga que ese metal está... ¡¡vivo!!

El estupor paralizó cualquier movimiento reflejo de la totalidad de los músculos de Bates. Aquel concepto tenía en sí excesivo contenido para ser asimilado instantáneamente por el más ágil de los cerebros.

No fue menor la sorpresa de Gracia, Andreief y los otros.

—No puedo creerlo — dijo Bates lentamente—. Es demasiado. ¡Metal vivo!

—Sí. Y no crea que he perdido la razón, aunque sobrados motivos hay. Estos plutonianos son más inteligentes de lo que jamás pudimos soñar. Se trata de una vida sintética; cualquiera de nuestros biólogos se volvería loco tan sólo con el planteamiento del problema. Yo no puedo dar explicación alguna, pero sí puedo decir que es horrible. Ese alucinante ayuntamiento del reino animal y mineral posee instintos asesinos; permanece dormido mientras la víctima trabaja y basta la menor pausa para que despierte de su inactividad y comience a estrangular al desgraciado. Sólo la reanudación del trabajo consigue que la argolla afloje la presión mortal. Si sobreviene el desfallecimiento, la muerte es segura a menos que haya algún guardián lo suficientemente próximo para evitarlo, únicamente ellos pueden dar muerte al metal. Yo he experimentado en una ocasión la implacable presión de esas argollas vivas y puedo decir que es horrible.

Bates parecía consternado.

—Ahora no las llevan — musitó.

—No podría ser de otro modo. No toleran la inactividad y sería imposible el descanso. Mi opinión particular es que sólo se muestran apaciguadas cuando con el movimiento o el trabajo la sangre es desplazada con más fuerza por el corazón. Claro que esto no pasa de ser una suposición. Lo curioso es que para despojarnos de ellas nos hacen pasar por una cámara iluminada por extraña luz verdosa que parece aletargar a las argollas vivientes. Y allí quedan hasta que al día siguiente son nuevamente colocadas.

Nadie se sintió con fuerzas para hacer nuevos comentarios. Cada

uno de ellos por separado era dueño de múltiples ideas y se ocupaba de ordenarlas.

Aquella casamata en la que se albergaban tendría una capacidad para no menos de cien hombres, si bien había menos. Bates y los que con él llegaran se acomodaron en las yacijas sobrantes y trataron de conciliar el sueño. No fue sencilla tarea, pero el cansancio, eficazmente ayudado por las reivindicaciones de sus cuerpos agotados, lograron su rutinario triunfo.

* * *

Seria faltar gravemente a la veracidad asegurar que fueron corteses los modales de que se valió el guardián plutoniano para despertar a Bates. El primer impulso del militar fue replicar con violencia, pero, afortunadamente para él, aún era el cerebro quien regía sus actos. Rezongando, abandonó el poco generoso lecho y se reunió con el grupo que formaban Chaz, Tseng y los otros. Pudo comprobar muy pronto que los recursos higiénicos eran allí demasiado elementales.

Algo más tarde fueron obligados a salir del barracón bajo la custodia de una fuerte escolta. La marcha al aire libre — si es dado llamar así a la gigantesca gruta—duró bien poco. Desde lejos pudo ver Bates varios grupos más numerosos que el de ellos que permanecían estacionados ante la puerta de una construcción sumamente estrecha y alargada.

Sin interrupción entraban en ella los esclavos, sin que el joven pudiera comprobar que volvían a salir.

Sangli Chaz, a su lado, dijo:

—Ahí es donde nos colocan las argollas y el lugar en que reposan éstas durante nuestras escasas horas de descanso. Procure no impresionarse demasiado, piense que al fin habrá de acostumbrarse a ellas.

Bates asintió con la cabeza, aunque en su fuero interno comprendía que no podía predecir cuál sería su reacción.

El joven abandonó la idea para prestar atención a cuanto le rodeaba. Había una enormidad de esclavos allí, procedentes de todos los planetas que componían la Confederación Galáctica. Hizo un cálculo aproximado y quiso creer que no habría menos de quinientos seres; como es lógico suponer, no consideraba a sus guardianes.

—¿Cuántos prisioneros como nosotros puede haber en Silón? —preguntó a Chaz.

—Eso resulta dificilísimo de calcular, pues no es este el único campamento del asteroide, aunque sí el más importante, por ser Than el centro neurálgico de Silón. Pero de vez en cuando pueden obtenerse noticias, aunque muy confusas. Por lo que nos han contado nuestros compañeros de cautiverio que llevan más tiempo aquí, más de tres mil. Algunos de ellos sufren esclavitud desde hace más de diez años.

—¿Cómo es posible que hayan logrado capturar a tantos?

—No es extraño, puesto que todos los esclavos los obtienen de las espacionaves que capturan. Y si se tiene en cuenta que las naves de guerra más ligeras transportan una dotación no inferior a los cien hombres...

La conversación cesó porque ya estaban ante la puerta del barracón. La curiosidad se había apoderado de Bates, que avanzó decidido tras el esclavo que caminaba ante él.

Vio las temidas argollas mucho antes de lo que él había esperado. Y la visión, por lp inesperada, le resultó escalofriante. Tenían el color semejante al cobre que fácilmente podía confundírselas con él, pero la extraña vida de que se veían animadas era lo que verdaderamente las hacía terribles.

La operación, mediante la cual eran colocadas en torno al cuello de los esclavos, se hacía con velocidad vertiginosa. Por esta razón, Bates tuvo puesta la suya mucho antes de poder haber hecho cualquier conjetura.

No supo interpretar la sensación que experimentó cuando, esperando el frío característico de los metales, sintió sobre la piel cierta tibieza que se desprendía de la argolla, dando fe de la vida que palpitaba en ella. En vano trató de contener el largo escalofrío que estremeció su cuerpo.

Se vio incapaz de llevar sus manos hasta aquel ser irreal que se había convertido en su guardián terrible o quizá cruel verdugo, sobrecogido por cierto respetuoso temor.

Tao Tseng le empujó suavemente indicándole que debía seguir andando. Bates obedeció como un autómata, mirando fascinado la argolla del que llevaba delante e, incluso, tratando de ver la suya.

—No se preocupe por el collar, de momento. Mientras

permanezca en movimiento no hay el menor peligro de que le estrangule —dijo Tseng cuando hubieron abandonado el barracón por una puerta distinta de la que les había servido de entrada.

En vehículos orugas fueron conducidos hasta una mina de sodio, situada muy próxima a la superficie del asteroide. El trabajo era duro, dado que se empleaban los más rudimentarios sistemas de trabajo. Los plutonianos de Silón daban mejor empleo a sus máquinas «inteligentes», puesto que tenían resuelto el problema con los esclavos. No eran excesivos sus recursos en el asteroide y estaban en pleno período de reajuste y aclimatación; habían tenido que valerse de sus propios medios para adaptar su vida al minúsculo planeta, virgen en el momento de su arribada. Ya de por sí era un verdadero prodigio que hubieran conseguido levantar ciudades y resolver las perentorias y complicadas necesidades de una población que con toda seguridad rebasaba los cien mil individuos de ambos sexos. Como caso concreto, podría citarse que el sodio que se obtenía de aquella mina, a la que habían sido destinados Bates y sus amigos, se destinaba a la elaboración de alimentos sintéticos. Habían logrado un alimento base del que los principales componentes eran el manganeso, sodio y azúcares celulósicos que tenían su origen en la prodigiosa flora de las innumerables cavernas que taladraban el asteroide.

Todo ello lo supo Bates por conducto de Tseng y Chaz, que, a su vez, lo aprendieron de los prisioneros más antiguos.

Desde que los separaran, nada más habían vuelto a saber de la profesora Hansen. Bates deseaba con todas sus fuerzas que su suerte hubiera sido mejor que la de ellos.

Habían transcurrido cuatro días desde que los capturaran, cuando el joven tuve las primeras noticias de la muchacha. Pero no las recibió directamente de ella, sino de quien menos podía esperarlo.

Bates procedía a cargar una vagoneta con el mineral obtenido y Gracia estaba próximo a él, recibiendo las pequeñas espuertas que Chaz le entregaba para vaciar en el montón del que el primer citado llenaba su pala.

No supo de la llegada de Krao Sagan hasta que le vio apoyado descuidadamente sobre la vagoneta y fijos en él sus ojos. Bates se detuvo unos segundos en su trabajo, pero casi inmediatamente lo reanudó, sin querer otorgar a Sagan mayor importancia de la que daba al centinela plutoniano que muy de tarde en tarde ejecutaba su ronda.

Sagan guardó silencio bastante tiempo y no lo rompió hasta que

el prisionero empujó con violencia la vagoneta que ya había llenado; La maniobra cogió de sorpresa al uraniano y a punto estuvo de derribarle en el suelo. Sagan mostró en sus labios la cínica sonrisa de que casi siempre se adornaba y volvió a acodarse en la nueva vagoneta que reemplazaba a la expedida.

—Tiene usted unos modales agradabilísimos, coronel Bates.

La sorna de Sagan no consiguió otro efecto visible que el de que el prisionero continuara lanzando rabiosas paladas de mineral en el interior de la vagoneta.

—Espero que se encuentre usted a gusto entre nosotros — volvió a decir el uraniano—. Como verá, nos esforzamos en hacer lo más grata posible su estancia aquí.

—Casi había llegado a creer que esto era un paraíso, pero su repugnante visión ha roto el encanto del momento — respondió Bates —. ¡Ande; no se contenga! Si lo que quiere es ayudarnos, coja una pala; hay algunas por aquí. Es una verdadera lástima que no hayamos traído una argolla para usted. Es el complemento adecuado para este delicioso deporte. Pruebe a practicarlo; es muy posible que le reduzca él tamaño de la cabeza y le ayude a exprimir las ideas.

Sagan no pareció haber oído las palabras de su enemigo.

—Creí que le interesaría tener noticias de la profesora Hansen —dijo—. Por eso he venido.

Bates pareció envararse.

—¿Cómo está? — preguntó ansiosamente.

—Tan bella como siempre, aunque se muestra un poco reacia a colaborar. Por lo demás, se encuentra perfectamente.

—No podrán con ella. Es una mujer de una entereza que algunos hombres quisieran.

—Esa… esa entereza, yo la llamaría estupidez. El no querer revelar su secreto puede que le cueste la vida. Y sería verdaderamente lastimoso que una mujer joven y bella como ella muriera.

—Vuelva a decir otra tontería como ésa y le abro la cabeza con la pala; por cierto, que — avanzó amenazadoramente hacia él haciendo mención de enarbolar la herramienta—, ¿no cree arriesgado por su parte haber llegado solo hasta aquí? No hay ningún centinela ahora y podría acabar con usted.

—Inténtelo siquiera y no tendrá ocasión de escuchar lo que tengo que decirle.

El uraniano había apenas variado su postura para empuñar su pistola eléctrica con la que apuntaba a su enemigo.

—Siga mi consejo — volvió a decir Sagan—. Continúe trabajando y escuche cuanto le diga.

No hubieran sido necesarias las palabras del uraniano, pues Bates empezó a sentir la presión del irritado metal viviente. Reanudó enérgicamente su trabajo.

Sagan se aproximó más.

—Espeto que lo que tengo que proponerle resulte de verdadero interés para usted, coronel. No es agradable la vida dentro de esa argolla y es demasiado joven para sucumbir pronto, por lo tanto serán muchos los años que tendrá que soportar la esclavitud.

—Óigame bien, Sagan. Le ruego que sea breve y desaparezca por el mismo lugar que vino, o en dirección al infierno: pero desaparezca.

—Piense en mis anteriores palabras.

—No me ha dicho nada nuevo. ¿Puedo saber de una vez cuál es el juego que esconde tras tanto rodeo?

—Xonti, a quien represento, le ofrece la libertad a cambio de que revele el lugar en que escondió los diseños del virtualizador de imágenes.

—¿Quién le dice que fui quien los escondió?

—La propia profesora Hansen. Se la sometió a la prueba de la sinceridad y confesó que usted los escondió.

—Bien, que les diga ella dónde. No podrá atraparme con tan burda añagaza, Sagan.

—No lo es. Syl dijo que los escondió en la espacionave. De usted depende que continúe siendo un esclavo. ¿Qué decide?

Bates pareció pensativo. Gracia era el más próximo a él y bajó la mirada cuando sus ojos se encontraron.

—¿Qué sería de mis amigos? — preguntó el coronel.

—Xonti no ha dispuesto nada al respecto, ni creo que sea cosa

que le interese. ¿Es que no se da por satisfecho con salvarse?

—No, Sagan. Y ahora lárguese; de todos modos no iban a servirle los diseños solos. Para la realización del invento son necesarias fórmulas...

—Que, gracias a la exploración psíquica que los plutonianos han llevado a cabo en la mente de Syl, obran ya en nuestro poder — finalizó el uraniano.

Bates pareció sorprendido desagradablemente. Fue la suya una reacción brusca.

—Váyase de una vez para siempre — exclamó—. No tengo nada más que hablar.

—No le creo tan estúpido como para rehusar la ocasión que se le concede. ¿Es que no se da cuenta de que, si no acepta, nadie va a sacarle de aquí? — insistió Sagan.

—Únicamente las personas inteligentes pueden saber cuándo ha llegado el momento de dejar de hablar.

La enorme cabeza del uraniano se balanceó característicamente, dando a conocer la furia que le dominaba. El color terroso de la piel pareció perder su intensidad.

—¡Estúpido! — bramó.

Inmediatamente giró sobre sus endebles piernecillas y se alejó de aquel lugar.

Dos días más tarde Bates y Sagan se enfrentaban de nuevo, esta vez en el palacio de Xonti.

CAPÍTULO VIII

SENTENCIA



L miedo hizo presa en el ánimo de Syl Hansen apenas vio desaparecer a sus amigos, que eran conducidos por la fuerza a otro lugar.

Sabía lo que sus enemigos deseaban de ella e imaginaba a lo que estaban dispuestos por lograr la consecución de su valioso invento. Era mujer de temperamento fuerte y decidido a la que difícilmente arredraban los peligros, pero la magnitud del que estaba corriendo ni siquiera podía haberlo imaginado.

Se sentía capaz de afrontar la situación si las circunstancias hubieran sido otras. Más comprendía perfectamente lo que suponía que los enemigos de la Confederación Galáctica poseyeran su secreto.

Una vez lo hubieran conseguido, lo que a ella y a sus amigos sucediese, poca importancia tendría. Era la suerte de millones de pacíficos seres que habitaban los distintos planetas que componían la Confederación, lo que le preocupaba.

La sola idea de sentirse débil y no saber ser fuerte para resistir hasta el final, la llenaba de confusión.

Costase lo que costase, sabría hacer frente a los enemigos de la Tierra.

Su mirada desafiante recorrió los rostros de cuantos la rodeaban.

Fue terriblemente glacial cuando resbaló sobre Sagan y se detuvo algunos segundos sobre Xonti.

De un momento a otro comenzaría un nuevo interrogatorio, luego vendrían las amenazas y quizá la tortura. Trató de evitar por todos los medios que fuera visible el escalofrío que aquella idea le produjo. Acto seguido irguió su cuerpo cuanto se lo permitía el pánico que la inundaba.

Los plutonianos dejaron de hostigarla con sus miradas y se reunieron en conciliábulo.

Syl Hansen nada podía comprender de lo que estaban hablando. Pero no era descabellado suponer que trataban de adoptar una decisión.

La conferencia no se prolongó excesivamente y, por los gestos, podía creerse que la mayoría estaba de común acuerdo.

La amplia y deforme boca de Xonti, que sus colmillos contribuían a hacer más repugnante, se abrió para decir:

—Le damos una nueva oportunidad.

El silencio respondió a las palabras del tirano de Silón. Más éste debía de contar de antemano que sería ésta la respuesta de la mujer, porque no permitió que la pausa se prolongara.

—Esperemos que después de unas horas de meditación en la soledad, adopte otra decisión más… beneficiosa — volvió a decir—. Hasta mañana, profesora Hansen.

En unión de todos los plutonianos abandonó la estancia.

Sagan y dos guardias armados la llevaron nuevamente fuera del edificio. Pero el camino que hubieron de recorrer fue corto, toda vez que la introdujeron en una construcción contigua.

Avanzó con su escolta por un largo corredor desprovisto de puertas, a no ser la que había al final de él. La obligaron a detenerse frente a la puerta, y casi inmediatamente la cerraron tras ella. Syl advirtió que, por lo menos, uno de los plutonianos había quedado de centinela al otro lado.

El cuarto era de reducidas dimensiones y estaba casi totalmente desprovisto de muebles, únicamente había uno y consistía en una butaca algo mayor que las normales. Pensó que sería una cama. Las costumbres de los plutonianos habían variado un tanto; ella había

conocido lechos allá en Plutón, que no guardaban ni la menor relación con el que tenía a su disposición.

Estaba agotada y las emociones a punto de postrarla. No vaciló en tenderse sobre la extraña cama. Allí permaneció con los ojos entornados por algún tiempo. Mas la sensación de frío la obligó a incorporarse buscando algo con qué protegerse. No hallando el objeto de su interés, volvió a la butaca cuando descubrió des resortes en el respaldo de la misma. Pulsó uno esperando que el mueble variase de posición, pero, en su lugar, notó, acrecentada, la sensación del frío.

— ¡Vaya!—exclamó—. Han resuelto el problema de un modo original.

Cerró el que primero oprimiera y conectó el otro. Recostada en el lecho trató de pensar, pero el cansancio y el dulce calorcillo del calefactor la vencieron.

La despertaron unos golpes dados, a la puerta. No tenía ocasión de saber cuánto tiempo había transcurrido, pero se notaba descansada y fresca. Calculó que unas ocho horas.

En el dintel de la puerta estaba Sagan.

—He venido para llevarla a presencia de Xonti. Esperaré unos minutos en el pasillo hasta que se arregle. Procure ser breve.

Syl humedeció sus ojos hinchados con el agua que contenía un recipiente destinado a beber en él y mecánicamente trató de arreglar sus cabellos.

Su ex ayudante la recibió con una sonrisa.

—Le prometo preocuparme en beneficio de que pueda disponer de lo más esencial para una mujer terrestre. Sé que sufre al no poder dar realce a sus encantos.

La muchacha ni siquiera le miró.

—Comprendo que esté resentida, profesora — siguió el uraniano —. Pero ya no hay remedio para nada. Haría mucho mejor en conformarse.

—No siga por ese camino. Sus interesados consejos no van a poder quebrantar mi decisión firme. Además, le agradecería que me evitase la conversación.

La dignidad de Sagan pareció afectarse por las despectivas

palabras de ella. El uraniano guardó silencio.

Cruzaron dos pasillos, ante la extrañeza de Syl, que creía la llevaba al mismo edificio del día anterior. Recordaba perfectamente que la otra vez tan sólo habían avanzado por un pasillo. ¿Cuál sería su nuevo destino?

No tuyo tiempo de formular ninguna conjetura, porque su acompañante se había detenido ante una puerta bastante amplia. Empujó suavemente uno de los batientes de la puerta e invitó:

—Pase.

La muchacha obedeció mecánicamente. Le extrañó sobremanera que al otro lado de la puerta reinasen las más densas sombras. Dios varios pasos en el interior y se detuvo.

—¿Por qué está esto tan oscuro, Sagan? — preguntó temerosa.

No hubo respuesta para su pregunta.

—¡Conteste! ¿dónde está? — gritó.

El mismo silencio de antes. Completamente confusa, intentó volver sobre sus pasos, pero en aquel momento advirtió que varias manos la apresaban y, pese a su desesperada resistencia era llevaba en volandas.

Inmediatamente se halló tendida y sujeta por ligaduras de pies y manos. Momentos después sujetaban su cintura con algo parecido a una correa ancha.

Lo imprevisto del ataque y en las desusadas circunstancias en que se había llevado a cabo, llenaron de pavor a la joven, que lanzaba agudos gritos.

—Cálmese, profesora. Nada puede sucederle.

Las palabras, dotadas de un extraño eco, podían haber venido de cualquier lado. Las sombras de la habitación, si es que lo era, impidieron que Syl pudiera orientarse. No sabía si la persona estaba próxima o lejana; en cambio, por el timbre, creyó adivinar a quién pertenecía. Sin duda, se trataba de Xonti.

Poco a poco fue advirtiendo que de algún lugar brotaba una suave luz rojiza que le permitía ver algunas siluetas quo se agrupaban en derredor suyo. La luz parecía provenir de abajo, quizá de la plataforma sobre la que la habían depositado.

De súbito, otra luz inundó de penumbra la estancia. Syl Hansen reconoció inmediatamente a Sagan y a Xonti. Algunos de los otros quizá fueran los que acompañaban al tirano la noche anterior; no podía asegurarlo.

Xonti se dirigió a ella:

—Ya le advertí ayer que nosotros tenemos medios que nos permiten quebrantar la voluntad. Aún está a tiempo. Colabore y le evitaremos molestias. Si persiste en guardar silencio llevaremos a cabo nuestro plan. Vamos a vaciar su cerebro. Las fórmulas qué guarda en él estarán en nuestro poder dentro de escasos días. Decida.

Syl agitó su cabeza en sentido negativo cuanto le permitía la correa plástica que sujetaba su cuello.

Xonti, sin mostrar la menor irritación, hizo una seña. Dos plutonianos se aproximaron a la muchacha.

Syl procuraba no perder ni uno solo de los movimientos de aquellos seres. Uno de ellos tomó un casco al parecer metálico y lo colocó en la cabeza de ella. La muchacha se agitó bruscamente, sin obtener resultado alguno.

Los dos plutonianos permanecieron algún tiempo consultando relojes e indicadores. Cuantos rodeaban la plataforma se alejaron a una orden de aquellos y nuevamente se hizo la obscuridad.

Syl notó de repente sendos pinchazos en ambos parietales. Quiso lanzar un grito de angustia, poro tuvo la sensación de que de su garganta no salía ningún sonido. Notó aterrada cómo algo parecido a agujas avanzaba en su cabeza buscando el cerebro. Debía experimentar un dolor terrible, o haber sucumbido ya y, sin embargo, sólo una extraña sensación de sopor la embargaba.

Poco tiempo debió de transcurrir desde los pinchazos hasta el total desvanecimiento.

* * *

Cuando se despertó se hallaba tendida en el lecho de su celda. Las sienes le dolían, así como la cabeza, pero la sensación general de todo su cuerpo era de bienestar.

Ignoraba lo que hablan hecho con ella, mas tenía la convicción de haber estado recordando la totalidad de las fórmulas de su Virtualizador de imágenes. Desconocía hasta qué punto podían haber

averiguado algo sus enemigos.

Dejándose ganar por la confusión nada podría ganar. Decidió descansar.

De su descanso vino a sacarle un carcelero que le traía comida. Esta operación se repitió lo suficiente como para dar a entender a la muchacha que habían transcurrido dos días, cuando menos, desde aquel en que la sometieran a la prueba.

Nuevamente la sacaron para llevarla a lo qué ella ya denominaba como laboratorio. Cundo despertó por segunda vez en su celda tenia mayor claridad de lo sucedido que la anterior.

Recordaba perfectamente que se le había preguntado infinidad de veces dónde estaban los diseños y «sabía» que ella había respondido invariablemente que el coronel Bates los había escondido en la nave. Retenía las ideas con inmejorable claridad. Se lo habían preguntado muchas veces y lo recordaba bien.

Entonces comenzó a comprender que en la sesión anterior debía haber revelado las fórmulas mentales. Sí los plutonianos llegaban a descubrir en qué lugar estaban los diseños, todo se habría perdido. ¡Y ella había dicho que permanecían ocultos en la espacionave…!

* * *

Bates, Gracia, Saphar, Andreief y Yoc-ya se contemplaron extrañados mientras en la «Casa de las Argollas» — así llamaban al barracón donde diariamente se las colocaban — procedían a quitarles las mismas.

No sabían el motivo por el que se les había llevado hasta allí desde la mina. Ni así mismo por qué les quitaban las argollas.

Con las mismas explicaciones fueron transportados hasta Than.

Fueron introducidos sin el menor preámbulo en la misma sala que el día que llegaron por primera vez a la capital de Silón.

Como entonces, también ahora, Xonti presidía el grupo de sus principales hombres. Sagan se hallaba entre ellos.

Bates se inclinó burlonamente.

—¿Otra reunión de buenos y viejos amigos? — dijo.

Sagan le dirigió una mirada que, de haber estado perfectamente

coordinada con el deseo, hubiera puesto fin a la vida del coronel; sin embargo, no respondió nada.

En su lugar habló Xonti, que preguntó a quemarropa:

—¿En qué lugar de la espacionave guardó los sobres con los diseños del invento de la profesora Hansen?

La pregunta constituía un impacto directo en el ánimo de Bates. Un tropel de encontradas ideas galopó durante algunos segundos en su mente. Era evidente que Syl había hablado. Había cedido al fin. De nada iba a valer que él se resistiese. Recordó de pronto que ni siquiera Syl sabía en qué lugar de la espacionave los guardara. Un pueril conato de rebeldía se apoderó de él. Que lo encontrasen ellos mismos. Aunque el recurso era pobre, porque a la larga los plutonianos los hallarían. Bates no estaba dispuesto a facilitar en lo más mínimo la labor de sus enemigos.

—Hace tanto tiempo de eso, que ya no lo recuerdo— respondió con sorna.

— ¡Basta de estupideces, terrestre! —bramó Xonti—. Sabemos que los escondiste allí y ha sido registrada ya docenas de veces, casi desguazada la espacionave. Habrás de decirlo, aun contra tu voluntad.

A una orden del tirano los cinco amigos fueron llevados al laboratorio en que días antes habla sido intervenida Syl.

—Cuando te halles sobre esta plataforma tendrás que decirlo —rugió Xonti.

Bates fue amarrado y se le colocó el casquete. En las sombras restalló la voz airada del tirano.

—Responde. ¿Dónde están los diseños?

Para Gracia y sus compañeros, que quizá sabían menos del asunto que los propios plutonianos, todo aquello resultaba demasiado confuso. Sabían que existía un secreto del que sus enemigos querían apoderarse, pero pocos más detalles conocían. No obstante, esperaron ansiosamente. Presumían que algo extraño tendría que suceder. Todos los indicios ayudaban a comprender que los plutonianos habían dejado al coronel en poder de aquella complicada máquina, cuyo poder obligaba a la víctima a contestar inconscientemente a cuantas preguntas se le hicieran.

La respuesta de Bates no se hizo esperar; con voz lejana, respondió:

—En la espacionave.

Xonti no pudo evitar un rugido.

—Pero, ¿en qué lugar? — volvió a preguntar.

—Tras la pantalla del televisor interior.

Xonti dio orden de que se estableciera nuevamente la luz. Cuando la estancia estuvo iluminada se volvió hacia Sagan.

—¿Es eso posible? — preguntó.

El uraniano tenía sus labios apretados y contraídas las pupilas de sus ojos.

—Totalmente imposible — respondió—. Desde el primer momento dirigí mis pesquisas hacia la cabina de mando. Puedo asegurar que no queda ni un solo centímetro cuadrado de ella que no haya sido desmontado; es más, la cabina de mando, prácticamente, ya no existe. Los diseños no se esconden en el lugar que asegura el prisionero.

Xonti miró a su aliado de un modo extraño.

—Puede que se trate de otra pantalla televisora— arguyó—. Quiero decir que habrá otras varías en toda la espacionave.

—Vigilé al coronel y a la profesora Hansen durante todo el tiempo. No salieron de la cabina, y, cuando lo hicieron, fue para descender de la astronave a nuestra llegada a Silón.

Xonti había perdido su habitual imperturbabilidad. Parecía a punto de estallar.

—No cabe la más remota posibilidad de que el prisionero mienta. Esta máquina es perfecta.

Sagan se mostró desasosegado.

—No digo que la máquina no sea eficaz — se apresuró a decir—. Me limito a exponer los hechos. Los diseños no están allí.

Xonti no pareció excesivamente convencido por las palabras del uraniano, pero dio orden de apagar las luces y continuó el interrogatorio. Siempre obtuvo la misma respuesta.

Exasperado mandó traer a su presencia a Syl Hansen y la obligó a que fuera ella quien preguntase. Pero la muchacha había pensado y

escuchado lo suficiente para comprender cuál era el equívoco. Por palabras sueltas que escuchó a Sagan y Xonti, comprendió que a ellos les había ocurrido otro tanto que a ella; Bates contestaba la verdad, pero los plutonianos— como le sucedió a ella misma — la interpretaban mal, toda vez que ellos no podían saber que el prisionero se refería a la astronave comercial en la que habían hecho una etapa, antes de internarse en la gruta. Interesaba a toda costa mantener el equívoco, pues, al mismo tiempo que salvaba los diseños creaba el desconcierto entre sus enemigos.

Así, hizo las preguntas, teniendo buen cuidado de evitar aquéllas cuya formulación implicase la revelación de su visita a otra espacionave.

Y Syl Hansen consiguió su propósito. Después de media hora de cruel interrogatorio Xonti no miraba a Sagan con mejores ojos que a Bates o la mujer. Su terrible ojo lechoso había adquirido un brillo vítreo, que comúnmente no era dado ver. Su irritación debía de haber alcanzado un alto nivel.

Allí mismo se desató en amenazas.

—Está bien, terrestres. No comprendo la causa, pero no he conseguido lo que me proponía, aunque esto no significa que hayáis vencido. O es escaso mi poder, o antes de poco tiempo renegaréis de haber nacido. Ho habrá piedad para con vosotros. Los varones trabajarán sin descanso en las minas hasta que imagine una muerte digna de ellos; a los héroes hay que tratarlos con el honor que se merecen. En cuanto a usted, profesora, no crea que me ha burlado. Poseemos laboratorios aquí que harían palidecer de envidia incluso a los de la Tierra; Trabajará en la reconstrucción de esos diseños y tendrá un verdadero ejército de físicos y mecánicos que secundarán sus órdenes, al mismo tiempo que vigilarán la veracidad de su trabajo para que no consiga burlarnos. Tiene dos años plutonianos de tiempo para mostrarme esos malditos diseños. Pasado ese tiempo, si no ha satisfecho mis deseos, dispóngase a morir con una tortura tan refinada como jamás podrá soñarse.

Con grotescos saltos abandonó la estancia, acompañándole todos sus consejeros.

Bates quedó allí y los demás fueron obligados también a salir. Tres horas más tarde, el coronel era enviado al campamento de esclavos, sin que Syl hubiera conseguido hablar con él.

Pensó que quizá jamás habría de volverlo a ver y se entristeció al

pensar que el amor que había brotado en su pecho moriría con ella sin que él pudiera llegar a saberlo.

CAPÍTULO IX

RENDICIÓN



LEXANDER estaba enterado ya de las amenazas que profiriera Xonti contra todos ellos.

Más que la suerte que a él le cupiera, le preocupaba la de Syl. Habían pasado ya quince días, tal y como los plutonianos dividían las jornadas de trabajo en Silón, y aún no había podido urdir un plan de fuga que reuniese las garantías suficientes. La impotencia a que se veían reducidos le sacaba de quicio. Tal vez por esto mismo no le extrañó ver de nuevo a Sagan en la mina.

—¿Qué se le ha perdido esta vez por aquí, maldito uraniano? —preguntó, desabrido —. ¿Viene acaso a solicitar nuestra última voluntad como condenados?

El traidor traía cierto aire circunspecto. No habla animosidad en su gesto. —Vengo a ofrecerle algo.

—No irá a decirnos que nos necesita.

—Más de lo que es lógico suponer — fue la respuesta de Sagan.

Bates rió forzadamente.

—¡Aproxímate, Gracia! —exclamó—. Esto resulta divertido en extremo. ¡Asómbrate! ¡El poderoso Sagan nos necesita!

El uraniano miró hacia todos lados con recelo.

Parecía molesto por el sarcasmo del terrestre.

—No levante excesivamente la voz. Lo que tengo que decirle no es necesario que los sepan los guardianes.

—Hay pocos por aquí. Y, después de todo, ¿no son amigos suyos?

—No es momento para bromas. Lo que le tengo que proponer es esto. Estoy en una situación que poco tiene que envidiar a la de ustedes. El no hallar los diseños me ha puesto en un trance cuyo desenlace adivino fatal. Para evitarlo, pretendo ayudarles a ustedes. Yo puedo facilitarles la fuga a cambio de algo.

—¿Qué es ello? — preguntó Bates, a quien la idea de huir de Silón llenaba de esperanzas.

—No he obtenido la recompensa que se me prometió y es muy probable que reciba la muerte como castigo. Como compensación, quiero que al regresar a la Confederación Galáctica nadie sepa nada de lo sucedido en lo que respecta a mí. Igualmente exijo una posición de más brillo que la que hasta ahora he gozado.

Héctor Gracia se abalanzó sobre él.

—¡Maldito traidor! ¡No es suficiente con que nos haya traído hasta aquí, sino que ahora pretende sacar provecho de su nueva traición!

Bates le sujetó a tiempo.

—¡Alto, Gracia! No tenemos opción. Ahora, Sagan, dígame. En el supuesto de que logremos escapar y regresar a cualquier planeta de la Confederación, ¿quién le garantiza que yo he de protegerle?

—Existe cierta diferencia entre nosotros, coronel — replicó el uraniano con acento untuoso—. Usted es una persona honorable; puedo fiarme.

—Bien. Acepto en principio. Exponga sus planes de fuga.

—Supongo que resultará sencillo. Dentro de dos días vendré hasta aquí portando cierto ácido que corroe ese metal vivo. Bastarán unos minutos para que todos ustedes queden libres de esa traba. Yo he conseguido algunas armas que pondré a su alcance. No es aventurado predecir que la escasa guardia de la mina quedará prontamente reducida; el resto, como militar, es cosa que le atañe.

—Entonces, ¿dentro de dos días?

—Eso he dicho. Pero tenga bien presente cuál es el precio que he puesto.

—Tampoco olvides, Sagan, que si esto no es más que una burla, huiré de aquí, aunque sólo sea para darte muerte.

El traidor uraniano no respondió a las palabras de Bates; en su lugar, giró sobre sus talones y se alejó rápidamente con movimientos felinos y cautos.

Es fácil imaginar con cuánta ansia esperaren Bates y los suyos que transcurriera el plazo fijado por Sagan. No supieron de él hasta que, como prometiera, apareció en las inmediaciones de la mina casi mediado el segundo día.

—Ahí está Sagan — dijo Gracia a Bates, que trabajaba, como de costumbre, junto a él.

—Haz correr la voz de que todos estén preparados, pero que nadie deje de trabajar. No saldremos de aquí hasta que todos los esclavos de la mina hayan sido redimidos de las argollas.

—Está bien, Alex; pero no te fíes demasiado de ese sapo. No juega demasiado limpio.

Bates fue a situarse en un lugar que ofrecía garantías de no ser vistos. Sagan no tardó en reunirse con él.

—Aquí está el ácido —dijo apenas llegó—. Las armas las hallarán junto a una gran roca azul que hay a la salida de la mina. La reconocerán inmediatamente porque carece de fosforescencia como las demás; están dentro de una caja. Aquí le dejo cuatro «Viaps» plutonianos — dejó un envoltorio en el suelo—. Su manejo es sencillo, porque son similares a los fusiles cósmicos. El gatillo es reemplazado por un botón rojo que hay sobre lo que pudiéramos llamar recámara de las cargas mortíferas. No fracasen, porque en cuanto descubran la sustracción de las armas pensarán en mí.

—¿Qué hará usted ahora, Sagan? — preguntó Bates.

—Regreso a Than para aguardarles en el lugar en que está prisionera la profesora. Será más fácil rescatarla si estoy allí yo para cuando ustedes lleguen. ¡Suerte!

Dicho esto desapareció rápidamente. El joven le vio marchar hacia la salida de la mina.

No era Bates hombre que meditara excesivamente sus decisiones; por otra parte, el tiempo y las circunstancias no lo consentían. Sin pensar en lo que podía suceder después, vertió unas gotas del contenido del frasco que trajera Sagan sobre la argolla de su cuello. El metal viviente se contrajo y tras cortos — valga el símil — estertores, perdió el tibio calor que lo animaba. Bates notó fuerte escozor en la piel del cuello y llevó sus manos a la argolla. Forzó el metal en sentidos distintos y comprobó con gozo que se quebraba fácilmente.

Llamó quedamente a Gracia.

—No nos ha engañado Sagan. Tomad el ácido y destruid las argollas. Si no hubiera suficiente para todos, a quienes no alcance se les quitará en la Casa de las Argollas. Mientras tanto, yo voy a inutilizar al centinela de este lado. También hay aquí tres armas plutonianas; son de sencillo manejo, basta oprimir el botón rojo para que surja el disparo, pero es conveniente que no hagáis ningún disparo hasta que estén anulados los diez guardianes.

Bates se alejó de Gracia buscando el abrigo de unas rocas salientes. Estaba exactamente en la ruta que invariablemente seguía el centinela que vigilaba por quel lado. No tardó mucho en aparecer.

El joven oprimió con fuerza el arma que mantenía entre sus manos, aunque no estaba en su ánimo el hacer uso de ella. El guardián no tenía el menor recelo y avanzaba seguro y despreocupado. Bates se apretujó más contra las rocas que constituían su abrigo, esperando a que el plutoniano le rebasase. En el preciso instante abandonó su escondite, y descargó un terrible golpe contra la cabeza del otro, sirviéndose del «Vlap» como maza.

Gracia, Saphar y Andreief siguieron la pauta marcada por el coronel y tres centinelas más corrieron la misma suerte que el primero. El resto de los guardianes no pudo apercibirse de la sorda amenaza hasta que fueron víctimas de la misma. Los seiscientos esclavos, bajo el mando de Bates, se lanzaron hacía la salida de la mina, desembocando en la gran gruta. Tan sólo ochenta habían sido liberados de las argollas, pero en el campamento podrían serlo el resto.

Las armas que Sagan dejara junto a la roca azul no excedían de veinte, que con las diez de los centinelas y los cuatro «Vlaps» hacían un total de treinta y cuatro. Este contingente era ya suficiente para intentar un asalto al campamento.

La sorpresa y la decisión de los esclavos hizo doblemente sencilla

la ocupación del mismo.

Desprovistos de las argollas la totalidad de los prisioneros y reducida la guarnición, Bates ordenó la utilización de los tractores-orugas. No fueron suficientes, pero pudo organizarse un minúsculo ejército de trescientos esclavos armados que caerían por sorpresa sobre Than. Allí se esperaría al resto de los redentos y se obtendrían armas y vehículos con los que huir al exterior de Silón, donde suponía Bates que la defensa sería mucho más fácil hallándose al aire libre.

La operación relámpago tuvo un éxito que jamás pudieron haber soñado los confederados galácticos. La población civil huyó despavorida ante los invasores y los pequeños grupos armados que intentaron ofrecer resistencia fueron barridos.

Con la colaboración de Sagan, Syl fue rescatada y merced a un golpe de audacia, Bates se apoderó de un arsenal de Than. Mientras se enviaban vehículos en busca de los que avanzaban a pie hacia Than, el reducido Cuartel General de los sublevados preparaba la fuga hacia el exterior. Bates había podido comprender que la pobre atmósfera del asteroide era suficiente para ser respirada sin dificultad, y en las escarpaduras de la rugosa corteza de Silón les sería más fácil su desenvolvimiento que en la relativa angostura de las cavernas, donde la superioridad numérica y técnica de los plutonianos acabaría por aplastarles.

Cuando la reacción de los plutonianos comenzó a ser algo efectivo, los esclavos, en fuerte columna motorizada, abandonaban la ciudad.

Sagan conocía el emplazamiento exacto de una base de espacionaves y guió a la expedición hacia ella.

La guarnición de la misma les esperaba ya cuando los sublevados llegaron. La batalla resultó sangrienta debido al escaso material de los amotinados. Pero, al fin, la superioridad numérica de estos últimos puso fin a la resistencia.

Se había conseguido lo más difícil, mas restaba por resolver el arduo problema de abandonar Silón. En la base recién conquistada al enemigo había espacionaves suficientes para evacuar al pequeño ejército de seiscientos hombres, pero escasamente serían treinta los que conocían el funcionamiento de los ingenios voladores.

—La situación comienza a ser desesperada — opinaba Saphar—. Habrá de transcurrir algún tiempo antes de que se consiga adiestrar a las cinco dotaciones necesarias para tripular otras tantas espacionaves

que nos lleven hasta Neptuno.

—Cierto que la situación es difícil — dijo Bates—. Pero no diría yo que desesperada. Podemos resistir algún tiempo. Desde el primer momento debimos suponer que no sería fácil escapar de aquí: de nuestro propio tesón depende que lo consigamos. De momento se impone la necesidad de recuperar los diseños. Chaz es capaz de tripular una espacionave, mientras se procede al adiestramiento de las dotaciones, la profesora, Saphar, Yoc-ya, Andreief, Tseng y yo iremos en una nave a rescatar los diseños. Naturalmente, Chaz vendrá con nosotros. Gracia, asesorado por Sagan, dirigirá la defensa.

Los preparativos fueron llevados a cabo con toda diligencia.

Era la espacionave plutoniana del tipo denominado platillo volador e idéntica a las que usaban cuando la Tierra invadió Plutón. Pocas, o ninguna variación habían sido introducidas en ellas.

Chaz, que en otro tiempo se había especializado en el manejo de las mismas, tomó el mando.

—¿Todo dispuesto?

Las palabras de Bates parecieron despertar al marciano.

—Por mi parte no hay inconveniente. ¿Han comprendido todos ustedes lo que tienen que hacer?

Todos respondieron con movimientos afirmativos de cabeza.

—Entonces, ¡en marcha!

Pulsó un resorte y un prolongado rugido respondió a su acción. La astronave obedecía a la iniciativa de manes extrañas.

Chaz demostró ser un entendido. El vuelo a poca altura era mucho más complicado que un viaje interastral, en el que el piloto automático y los cálculos matemáticos realizaban casi todo el trabajo. Pese a ello, condujo la astronave con pericia admirable. Dados los escasos conocimientos, la nave volaba sin defensas, ya que nadie conocía el funcionamiento de sus armas, ni de memento podía atender a otros servicios que no fueren los de conducción.

Bates, junto al piloto marciano, oteaba la superficie de Silón en busca de alguna referencia sobre la que orientarse para la localización de la espacionave mercante destruida en la que se ocultaban los diseños.

Después de una hora de vuelo descubrieron los restos del XY-200.

—Nosotros escapamos hacia el norte, Chaz. Con esa referencia creo que le será fácil hallar la otra espacionave. No debe estar lejos, teniendo en cuenta que recorrimos el camino a pie.

Volaron diez minutos más en la nueva ruta y, al fin, Bates exclamó:

—¡Ahí la tenemos, Chaz! Descienda. Bastarán unos minutos.

Con cierta brusquedad se posó el platillo volador.

—Iremos Syl y yo. Téngalo todo preparado para emprender nuevamente el vuelo cuando regresemos.

Abandonaron la cabina y por un deslizador especial llegaron hasta la compuerta principal por la que salieron al exterior. Con rápidos pasos llegaron a la astronave mercante. Bates fue hasta el lugar en que había dejado los diseños.

—¡Aquí están, Syl! Ya falta poco para que nuestra misión esté cumplida.

La muchacha reaccionó de un modo extraño. Sus ojos se nublaron y sollozando histéricamente se abandonó en los brazos del hombre. Éste acarició sus cabellos rojos.

—¿A qué viene ese llanto, cuando estamos a punto de olvidar toda esta horrible pesadilla? — preguntó con tono suave.

—¡Es tan terrible lo que nos está sucediendo, Alex! ¡Júrame que no consentirás que nos separen de nuevo!

—Nadie lo conseguirá, amor mío.

En el transcurso de este diálogo no pudieron advertir la silueta humana que llenó el vano de la puerta.

—Permítaseme que manifieste mi más absoluta disconformidad con las últimas palabras que, involuntariamente, he escuchado.

Aquella voz que les sobresaltara era bien conocida para ambos jóvenes. Bates se volvió ràpidamente para hacer frente al hombre que creía en la Base de espacionaves.

Sagan, con su característico gesto cinico, ocupaba la salida. Sus manos sostenían el arma con que les apuntaba.

—Debo reconocer que fuimos torpes al no suponer esto —comentó—. Nos han estado engañando con la misma verdad. Déme esos documentos… y tenga buen cuidado de no hacer como la otra vez, porque al menor ademán sospechoso dispararé.

—No va a conseguir nada ahora — dijo Bates, tratando de ganar tiempo—. Chaz y los otros van a llegar de un momento a otro.

—Cuento con el factor sorpresa. Del mismo modo que me oculté en la espacionave, la he abandonado sin que nadie pudiera darse cuenta. Y tampoco pienso regresar a ella. No, no me dé los documentos; yo mismo los tomaré de su… cadáver.

Syl lanzó un grito de horror y Bates, en su desesperación, intentó saltar, pero no llegó a hacerlo. Sonó el disparo mucho antes.

El terrestre no pudo comprender lo que había sucedido. En lugar de ser alcanzado él, vio desdibujarse la imagen del traidor uraniano, hasta quedar reducido su cuerpo a leves cenizas.

Sólo cuando descubrió a Saphar, que aún empuñaba el arma con que le había salvado la vida, comprendió que éste se habla adelantado a Sagan en una fracción de segundo.

—Afortunadamente he actuado a tiempo —dijo el recién llegado —. Le sorprendi cuando abandonaba su escondrijo y salía del platillo para dirigirse aquí. Tardé algún tiempo en armarme y le seguí. Un poco más y se sale con la suya.

Bates y Syl permanecían fuertemente abrazados.

—Te debo la vida, Saphar — agradeció el terrestre.

—No me debe nada, coronel. Estoy completamente seguro de que usted hubiera hecho más por cualquiera de nosotros.

Los dos hombres se abrazaron.

—Abandonemos esto. Ya nada nos resta por hacer aquí. Nuestros amigos quizás estén intranquilos.

Antes de abandonar la cabina de la astronave, Bates miró las cenizas de Sagan,

—Fuiste doblemente traidor. Después de todo, has tenido una muerte infinitamente más clemente que la que merecías.

Los tres amigos abandonaron la tumba de Sagan y, sin perder el

menor tiempo, se dirigieron al platillo plutoniano.

—Rumbo a la base, Chaz. Hemos terminado nuestro trabajo… gracias a Saphar.

—No va a ser posible obedecerle, coronel. Hemos conseguido una comunicación con la base. El capitán Gracia quiere hablar urgentemente con usted.

—¿Qué ha sucedido?

—Parece ser que los plutonianos están atacándoles.

— ¡Atención, capitán Gracia! Le habla el coronel Bates. Informe.

Al «clic» del cambio de conexión siguió la excitada vez de Gracia:

—Habla el capitán Gracia. Los plutonianos nos han cercado. Es inútil que vuelvan. Las espacionaves del enemigo han destruido desde el aire las que nosotros poseíamos. Ya no podemos huir. Háganlo ustedes y salven el invento de la profesora. Resistiremos hasta el fin. Un estrecho abrazo a todos. Adiós.

—No acepto su sacrificio, capitán. Partimos inmediatamente hacia ahí. Indiquen lugar por donde resulte menos peligroso el aterrizaje de nuestra nave. Cambio.

La respuesta de Gracia impresionó a los que le escuchaban.

—Si les veo aparecer sobre nuestro cielo, daré orden de disparar contra ustedes.

Los siguientes intentos de Bates por establecer de nuevo la comunicación fueron vanos. Todas las miradas convergieron sobre él, esperando cuál habría de ser su decisión.

—Rumbo a Neptuno.

Su voz tembló al pronunciar la orden. Una lágrima rebelde resbaló por su mejilla.

Media hora más tarde, Silón se ofrecía a la vista de los ocupantes del platillo de un tamaño no mayor que el que tiene la Luna vista desde la Tierra.

Bates tenia fija en él su triste mirada. Syl Hansen acudió a su lado.

—No has podido hacer nada por ellos. Nadie tiene la culpa —

dijo.

—Todos luchamos por esta libertad que sólo nosotros hemos conseguido. No podré olvidarlo jamás.

Saphar se unió a la pareja.

—Podemos intentar una comunicación con Neptuno — propuso.

—¿Sería posible? — los ojos de Bates se animaron.

—Podernos intentarlo.

Syl, Yoc-ya y el propio Saphar se entregaron a la tarea. Después de ocho horas de vuelo, Bates perdió toda esperanza. Más Saphar continuó incansable. Silón había desaparecido ya de la vista. De pronto se produjo el milagro.

—¡He conseguido una comunicación! Es algo imprecisa, pero pronto podremos hablar con claridad. Lo más interesante es que procede de alguna astronave militar de la Confederación, a juzgar por la contraseña con que responde.

Todos se reunieron junto a Saphar en espera de los acontecimientos. Un cuarto de hora más tarde la comunicación fue perfectamente audible para todos los tripulantes.

—Ha recibido nuestra llamada y solicitan nuestra identidad — informó Saphar.

—Dé la mía y requiera la de ellos — respondió Bates.

El rostro de Saphar reflejó enorme sorpresa al recibir la respuesta.

—¿Quiénes son? — preguntaron a coro Bates y Chaz.

—¡Unidades de la Undécima División Interplanetaria con Base en Plutón!

La expresión de júbilo fue unánime. Bates reemplazó a Sàphar y cuál no sería su sorpresa al saber que la escuadrilla era comandada por el propio general Huttington.

A grandes rasgos relató la situación en Silón, informando que el secreto del invento de la profesora viajaba con ellos.

—Varíen su ruta hacia Saturno — respondió el general—. Un XY-200 les escoltará hasta allí. Personalmente me dirijo con el resto de las unidades en socorro de los valientes de Silón. Si dentro de doce

horas aún resisten, los salvaremos a todos. Corto.

— ¡Alabado sea Dios! —exclamó Syl.

Un mes más tarde, el platillo plutoniano tripulado por los fugitivos de Silón se posaba en el cohetódromo de Olk, en Saturno. Dos días después, Bates y Syl Hansen proseguían el viaje hacia la Tierra.

* * *

—Dentro de quince días estaremos en la Tierra y habrás entregado tu invento al Consejo Superior — decía Bates—. ¿Cuáles son tus proyectos, después?

Syl Hansen envolvió al muchacho en una dulce mirada. Iba a responder, cuando un miembro de la tripulación entregó dos mensajes telemisados.

El coronel abrió el primero de ellos. Un grito de alegría se escapó de su garganta.

—¡Es de Gracia! El general Huttington llegó a tiempo.

Procedió a abrir el otro. Mientras lo hacía dijo:

—Todavía no has respondido a mi pregunta. ¿Cuáles son tus proyectos?

Los brazos de la muchacha rodearon el cuello del hombre.

—Mi primer día libre lo emplearé en casarme contigo—respondió Syl.

Esto tuvo lugar momentos antes de que sus bocas se unieran en un beso feliz. Luego la cabeza femenina descansó sobre el hombro de él.

Bates alzó el segundo mensaje que, milagrosamente, aún sostenía entre sus dedos. Manteniéndolo por detrás de Syl, leyó:

> «Le prohíbo terminantemente contraiga matrimonio con la profesora Hansen antes de su regreso a Plutón.
>
> »Exijo ser el padrino de boda.

General Huttington.»

Bates dirigió su puño amenazador hacia el lugar Que suponía quedaba Plutón.

—¡Viejo bribón! —gruñó.



(1) Especie animal do Marte, herbívoro y de remoto parecido con el cebú de la Tierra. (N. del A.)